Gabriel Mamani Magne

SEÚL, SÃO PAULO

PERIFÉRICA

Gabriel Mamani Magne

SEÚL, SÃO PAULO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2023
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Gabriel Mamani Magne, 2019
c/o Agencia Literaria CBQ SL
© de esta edición, Editorial Periférica, 2023. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-18838-74-3

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

ese cuerpo desde El Alto o Llojeta
ese cuerpo definitivamente en tu deseo

BLANCA WIETHÜCHTER

I

En la sala hay un monolito. Siempre estuvo ahí. Llegó antes de que la abuela naciera y probablemente sobrevivirá a todos nosotros.

Está empotrado en el suelo.

Mide uno cincuenta.

Su color es el del cemento húmedo.

A veces dan ganas de rezarle.

Quien puso ahí al monolito no pensó que las futuras generaciones inventarían algo llamado televisor, pues lo acomodó justo en el centro de la sala.

Pienso en todas las cosas que podríamos colocar en su lugar. Una mesita para las revistas. Una alfombra para que mi sobrino juegue con sus dinosaurios. Un televisor LED.

La abuela me contó que, hace muchos años, nuestro monolito fue famoso. Científicos de todo el mundo venían para sacarle fotos. Uno de ellos, incluso, ofreció bastante dinero a cambio de llevárselo a un museo.

Mis abuelos rechazaron la oferta. Creían en las maldiciones. Todavía creen: por eso no se deshacen de él.

De niños, mi hermana y yo convocábamos a los vecinos y hacíamos una ronda alrededor del monolito. Años después, cuando ella se puso de novia con quien sería su futuro marido, descubrí que, en la parte anterior de la estatua, a la altura de las piernas, alguien había tallado un corazón dentro del cual se leían las iniciales de los enamorados.

Tuvo tiempos mejores el monolito.

Lo llamamos Tunupa.

Pero nada de eso importa realmente.

Tampoco, el hecho de que Tayson le tenga miedo a Tunupa y que a veces sueñe con él.

Divago mucho. Me pierdo todo el tiempo. Viajamos en un minibús repleto y la cara de mi primo tiene esa expresión que siempre me desconcierta. De felicidad y tristeza. Todo al mismo tiempo. Feliz y triste, como ese 9 que es goleador del campeonato pero no tiene a quién dedicar los goles.

El minibús avanza lento y al otro lado de la ventana las mujeres organizan sus comercios. Sábado de mayo. Mañana fría. Las botas me incomodan. El uniforme de premilitar me queda chico. Observo mi apellido bordado en la blusa y saberme mejor que los desertores me llena de un orgullo fugaz.

Llegamos.

Nos cuadramos frente a un antiguo, ingresamos.

Las mañanas en la base aérea contagian una paz que sólo se desintegra cuando el suboficial Sucre aparece. Seis y media de la mañana; los pajaritos cantan. Azul, naranja, lila: el cielo a medio hacer.

A Tayson le gusta la base aérea. Le gusta El Alto, su geografía. Dice que aquí uno tiene derecho al horizonte. Miras y miras, dice en un castellano gangoso, y todo es pampa. Miras y miras, sigue diciendo, y, si miras más allá, el horizonte. No es como en La Paz –esto lo pienso yo–, donde las montañas, cientos de ellas, te hacen sentir rodeado y te hacen pensar que escapar es imposible.

Saludamos a los camaradas. Uno de ellos, Pacheco, nos pide prestado un poco de hilo. Necesita coser un botón de su blusa. Si me ven estoy jodido, dice. El suboficial Sucre es un obsesivo del uniforme.

Yo tengo hilo en un neceser pequeño que guardo en el bolsillo lateral del pantalón. Pero, como Pacheco me parece un cojudo, por mí que lo muelan a palos.

Tayson no piensa así. Busca en su morral: nada. Pregunta a Chuquimia, a Aróstegui, y nada. Entonces se arranca un botón de la blusa, desprende el hilo y se lo entrega al camarada.

Gracias, dice Pacheco, sorprendido.

No será lo más loco que Tayson hará ese día. Mientras el sargento Bohórquez da el parte con esa voz de fumador derrotado, intento adivinar qué ideas se calientan debajo del quepí de mi primo.

Para entender lo que Tayson hará esa tarde hay que retroceder algunos años. Hasta su nacimiento: Tayson nació en São Paulo, Brasil, el mismo día que Bolivia jugaba la final de la Copa América de 1997. El partido era en La Paz; el rival, la canarinha de Ronaldo. Mi tía Corina, su madre, habla sobre el miedo que le congeló el cuerpo al notar que los enfermeros llevaban audífonos en los oídos.

Me daba miedo, dice. En ese país todos están locos por el fútbol. Peor que aquí. Capaz y por escuchar el partido el médico cortaba algo que no debía cortar. Capaz, si Bolivia ganaba, por venganza, los enfermeros aumentaban la temperatura de la incubadora y tu primo salía quemado.

Pero Bolivia perdió. Tayson no se quemó.

Al contrario: nació más claro que el resto de la familia Pacsi.

Su infancia fue una batalla constante entre la lengua de sus padres y la lengua de su pasaporte. Mucho portuñol. También algo de aymara. La familia vivía en un barrio de bolivianos, entre tucumanas y pollos a la broaster. Era El Alto en Brasil, cuenta el tío Waldo. Era como si nunca hubiéramos pasado de la Garita de Lima. Mi compadre –sigue el tío Waldo– tenía una peluquería en Coímbra. Igual que en la Pérez: podías escoger entre firpo u honguito.

Contra todo pronóstico, mi primo escogió ondularse el pelo.

Tenía trece años, la edad en la que se deciden muchas cosas:

se hizo corinthiano,

se puso a trabajar,

decidió que se enamoraría.

Agarro el mapamundi y veo la ciudad natal de mi primo: me cuesta asimilar que alguien pueda nacer tan al oriente. Tan cerca del mar, tan sin aguayos. Tayson me contó que su primer beso fue con una boliviana recién llegada al Brasil. Se enamoraron, se hicieron daño. Tayson dice que la superó al rato. Miente. Una vez, mientras bebíamos con unos camaradas de la Fuerza Aérea, me confesó que luego de la boliviana sólo tuvo dos novias más. Ambas brasileñas. Con la primera duró dos meses; con la otra, menos de una semana.

Culpa de la boliviana, dijo mientras me mostraba una foto de ella en su teléfono. Ahora no sé amar en portugués.

Y Tayson consiguió el mejor trabajo del mundo. Pero antes tuvo que pagar su derecho de piso en el taller de su padre.

El tío Waldo cuenta que Tayson era bueno con la máquina de coser. Lo malo era ese celular, dice, distraía a tu primo, distrae a todos. Me acuerdo de cuando los celulares parecían marraquetas. Puta que pariu, era mejor dejarlo así.

Todo cambió el día que la tía Zulma (boliviano-boliviana) le dijo a la tía Ana (boliviano-brasileña) que al parecer Tayson había heredado algunos rasgos de su abuela Nilda (boliviana de nacimiento, argentina por el padre, italiana en sus sueños). La tía Corina observó a su hijo y dijo que sí. Tiene su tez.

Fue así como Tayson entendió por qué su vida siempre había sido más fácil. O menos difícil: si lo jodían en el colegio era porque era el más chismoso de todos, no por boliviano. Si las universitarias sensuales que subían al metro evitaban sentarse al lado del tío Waldo, con Tayson no había problema: una vez, incluso, una rubiezota de Pinheiros se acomodó a su derecha, se desabrochó la camisa, desenvainó su monumental seno y dio de lactar a un bebito que vestía un enterizo del Santos.

Estaba gostosa, cuenta Tayson. Desejei ser el bebé.

Su blancura también le rindió frutos a la familia. En aquel tiempo, los coreanos y los bolivianos competían por dominar el área de la costura. Se envidiaban mutuamente. Se plagiaban.

Un boliviano no podía entrar al almacén de un coreano. Un coreano no podía entrar al almacén de un boliviano. Los guardias de los locales –brasileños, siempre– la tenían bastante fácil.

En eso nos parecemos a los asiáticos, cuenta el tío Waldo. Por más que queremos, no podemos esconder lo que somos.

Así pues, entrar a los almacenes de la competencia, comprar su ropa, copiar sus modelos o mejorarlos era un trabajo de espías. O bien adiestraban al comerciante menos aymara de Coímbra y le ponían una gorra con una visera grande; o bien contrataban a un negro indigente y lo monitoreaban desde las afueras del almacén para que no se escapara con la plata.

El resultado –si es que lo había– era una chaqueta tipo bolero que a las dos semanas aparecía mejorada gracias a las manos bolivianas: puños y coderas de tartán, el detallazo de la palabra ARMANI en el medallón del cierre.

Tayson borraría esa burocracia con sólo mirarse al espejo.

En su primera incursión en tierras coreanas, además de un cupón de descuentos, se ganó el número de la dependienta más linda.

Playboy. Siempre que cuenta la historia, Tayson utiliza esa palabra: playboy. Así se sentía por aquellos tiempos. Como un playboy. Muy diferente a lo que es ahora. Un premilitar con las mejillas p'asp'as. Un bolibrasuco perdido en Bolivia, sin mujer y sin plata, y con ganas de gritar.

Saludaba al guardia. Entraba a la tienda. Escogía una vendedora. Conversaba con ella. Le hacía el charle –gosta do forró?– y se daba el lujo de mandarla a rodar sólo porque una mulata con cintura de avispa le había hecho ojitos desde la sección de zapatos.

El coreano dueño del local lo saludaba desde la caja. Tayson le respondía con una sonrisa. La sonrisa más hipócrita del mundo, pues, detrás de esos dientes parejos y blanqueados, su lengua peleaba por encontrar una ranura y soltar todo eso que la colonia boliviana quería gritarle a la cara a los coreanos: chinos de mierda, ¿por qué no vuelven a su país?

Pero no era por nacionalista, aclara Tayson. Era la costumbre. Me gusta Corea. Me gusta su cultura.

Una sonrisa pícara ensancha su cara siempre que recuerda esos días: pese a los años, la felicidad generada en aquella época todavía le alcanza para liberar algunas dosis de endorfinas.

En el barrio lo recibían como a un héroe. Bajaba del taxi, mostraba el botín –bolsas de shopping, decenas de ellas– y todo el mundo –niños, costureros, comerciantes– se aproximaba. Igual que grupis que sin querer se han topado con su cantante a la salida del cine. Igual que las palomas de la plaza Murillo cuando oyen el chasquido del maíz impactando contra el suelo.

La tía Corina lo recibía en casa con un plato de su comida favorita. La tía Ana le preparaba gelatina con crema chantillí. El tío Waldo abría una lata de Skol –la primera de tantas– y brindaba porque su hijo era un fodão y porque Corea no era rival para Bolivia.

Hasta tenía una tarjeta de crédito, cuenta la tía Corina. Y además tenía novia, agrega Tayson.

Con quince años, muchos chicos están boludeando frente a la cámara delantera de un celular; con quince años, mi primo ya había decidido cuál sería su destino y qué pasos seguiría para llegar a él: haría tratos con los peruanos, con los turcos, con los demás bolivianos, ahorraría plata, se casaría, se largaría a Río de Janeiro.

Mientras revolvía en los últimos lanzamientos de la temporada otoño-invierno, Tayson imaginaba que ese vientecito producido por los ventiladores del local era la brisa del fin de la tarde en Ipanema.

Me lo cuenta con esas palabras: pensé que estaba en la playa. Se compraría un coche, trabajaría como taxista, estudiaría para arquitecto.

Tendría un hijo, al que llamaría Ayrton, y jamás se acordaría de São Paulo. De su frío, de su garúa, de sus edificios de mierda.

Estaba en esas alucinaciones cuando el coreano le tocó el hombro.

Bolivianos não, le dijo el asiático.

Tayson no entendió nada.

El coreano hizo una señal con las manos: un dependiente se acercó a ellos. Con tono amable, el muchacho le pidió a Tayson que por favor devolviera todas las prendas que había separado.

Lo tomó del brazo, lo acompañó hasta la puerta.

Era la primera vez que sucedía. Ya en el taller, luego de escuchar lo ocurrido, el tío Waldo tuvo una crisis nerviosa. El negocio está arruinado. Putacarajo, justo ayer me han aprobado el préstamo para el carro.

Al llegar a casa, mi primo se encerró en su cuarto y estudió su rostro frente al espejo.

¿Sería la adolescencia? ¿Sería que Bolivia empezaba a florecer en su cuerpo, junto con el acné y esos pelos finitos que le crecían en la barbilla?

Dos días después, las cosas se calmaron. El tío Waldo y Tayson fueron a pasear a la feria de bolivianos. Se alimentaron bien. Se emborracharon. (Era la primera vez que mi primo bebía; desde entonces, asocia la cerveza a la bolivianidad, la bolivianidad a su padre, su padre al trago: un círculo sin fin.)

No te preocupes, dijo el tío Waldo mientras llenaba el vaso, debe de ser por el sol.

…

Has ido a jugar fútbol, ¿no?

Sí.

Entonces es eso. El sol te ha quemado. Estás más moreno. Punto.

Pero no es cuestión de color, pensó Tayson. Sólo por si acaso, compró el protector solar más caro que halló en la farmacia y se lo aplicó a diario durante una semana. No funcionó. Una vez más, mientras revolvía en la sección de jeans, el coreano le tocó el hombro y le dijo que los bolivianos no eran bienvenidos. Esa vez, quien lo escoltó hasta la salida fue la mulata bonita.

Cuando el tío Waldo lo vio regresar al taller sin las bolsas de shopping, con una sonrisa que rumiaba una resignación, le dijo:

Ahora que eres boliviano: ¿Tigre o Bolívar?

Miro a lo lejos y diviso los aviones en reposo. Siempre que los observo, me acuerdo de los juguetes con los que jugaba cuando era niño. Hoy, sin embargo, no sé por qué, mientras el suboficial Sucre revisa el largo de nuestros cabellos y el lustre de nuestras botas, miro a lo lejos y pienso en un ave. No en cualquier ave. Una garza. Un pavo real. Esos aviones lucen tan dignos como una garza o un pavo real. Qué elegancia la de su cola. Un antiguo nos ha explicado que su función es controlar el picado y la guiñada del avión, pero a mí me parece que los fabricantes las hacen así para darle más respeto a los aviones.

Once de la mañana. Salvo el sonido de las botas de Sucre, todo lo demás es silencio. Ni siquiera hay viento. La tricolor parece un trapo sucio secándose bajo un sol temeroso. El asta que corresponde a la wiphala, como siempre, carece de bandera. El comandante Loza ha dicho que es porque la están lavando, pero toda la vida la están lavando.

Sucre es más honesto. Qué bien que no haya wiphala, dice. Esa bandera parece de maricones.

Tayson milita en una compañía distinta a la mía. En vano estiro la cabeza e intento divisar su quepí. Yo soy Charlie y él es Alfa. Él es comandante de escuadra, y yo, fusilero granadero 1. Nos encontramos cuando no nos buscamos, siempre sin querer, a la hora del rancho o del jaripe, sin previo aviso, y, cuando eso ocurre, Tayson sonríe con ese estilo tan suyo, tan brasileño, irrepetible: la única vez del día en que su felicidad parece no estar contaminada por ese algo que hace de su cara una imagen incompleta, un rostro a medio hacer.

Sucre examina mi escuadra. Su cara frente a la mía. Cómo me gustaría ponerle un Alka en la boca; cómo me gustaría escupirlo.

Rasurarse mejor, mono, me dice mientras me acaricia la barbilla, rasurarse mejor.

Bohórquez se encarga de la compañía Bravo, mientras que Sucre pasa directo a la Alfa.

Un vientecillo estremece los bordes de la bandera. Una vez más, me distraigo con los aviones.

Cuando devuelvo la mirada al centro del patio, Tayson está haciendo flexiones a la vista de todo el batallón. Sucre cuenta en voz alta: siete, ocho… quince. Al llegar a treinta, ordena que se ponga de pie.

Ahora lo comprendo: Sucre ha notado que a la blusa de Tayson le falta un botón, y eso lo ha enfurecido. Nada fuera de lo común. Sucre es de los que piensa que toda guerra se gana primero con la pinta. En parte lo comprendo, pues de todos los superiores es el que más coge con las damas premilitares Aunque, en el fondo, tanta obsesión por la

apariencia se me hace sospechosa: una vez, mientras limpiábamos su cuarto por órdenes suyas, mi camarada y yo encontramos debajo de su cama varios potes de cremas antiarrugas. Se lo contamos a un soldado y nos dijo que nunca encontraríamos algo así en el dormitorio de los reservistas. Debajo de mi cama tengo la radio, la petaca y las revistas de peladas. Eso nomás.

Inventarse un botón, ordena Sucre.

El suboficial y mi primo se miran frente a frente. Tayson, que es alto y mastuco, de espalda de ropero, como dicen, tiene que inclinar la cabeza para no perder la mirada del otro.

Sucre, aunque bajito, impone respeto sólo con su silueta.

(Dicen que ejercita su cuerpo con los fierros de un antiguo riel que solía pasar por la base aérea. Dicen que ha tirado con la Crespo, la premilitar más linda de todo el batallón. Dicen que lo han hecho en el hangar del avión Sabreliner y que un sarnita ha filmado todo y que el video circula en la red. Por supuesto que lo he buscado: cuánta plata habré gastado en el café internet que está a la vuelta de mi casa intentando ver las tetas de la Crespo.)

Inventarse un botón, repite Sucre.

…

¡Inventarse un botón, carajo!

Pero Tayson se inventa otra cosa.

Cada día estás más boliviano, le decían sus amigos brasileño-brasileños para molestarlo.

Tayson no hacía caso. La realidad, sin embargo, se encargaba de escupirle su bolivianidad directa a la cara: el tío Waldo lo degradó a vendedor de shorts en el centro de São Paulo; las mujeres –las negras, las mulatas, las chocas, las asiáticas, las gordas, las flacas, las congoleñas, todas– lo miraban de un modo distinto o simplemente ya no lo miraban.

Todo pasó bastante rápido. Y, como la desgracia tiene algo de fila de dominós dispuesta sobre una mesa coja, el resto de la familia Pacsi también experimentó su propia tajada de crisis.

Ninguno de los primos sabe a ciencia cierta qué sucedió con el negocio de la costura, pero una tarde el tío Waldo entró al cuarto de Tayson y le dijo que se iban a Bolivia.

¿Por qué?, preguntó mi primo.

Allá está la plata, respondió el tío Waldo.

Tayson llegó a La Paz en el invierno de 2013. Tenía dieciséis años. Además de los tres grados bajo cero de las madrugadas andinas, dos fueron las cosas que lo marcaron para siempre:

1. Tunupa y su expresión de serenidad.
2. La inexistencia de un McDonald's.

¿Cuál es la capital del país?

La Paz.

¿Contra quién ha sido la guerra del Pacífico?

Paraguay.

¿Cómo se llama el vicepresidente de la República?

¿Hugo Chávez?

Por ésa y por otras razones, el tío Waldo obligó a Tayson a hacer el servicio premilitar en la Fuerza Aérea. Vasaprender historia, dijo. Vasaprender a ser un buen patriota. Ahí no hay tu tía. Si no sabes algo, jaripe. Si te atrasas cinco minutos, al chancho.

Querían meterle la patria a palazos. Pero Tayson no se dejó. O si se dejó fue sólo un poco. Lo suficiente para memorizar algunas fechas importantes, pero no tanto como para pelearse con un peruano por la paternidad de la zampoña.

Sucre es de los que se pelearía. Lo sé por el modo en que mira a Tayson siempre que éste pasa cerca de él. Hay algo ahí que sólo descifraré cuando yo también me convierta en un extranjero, una mirada que todavía no es odio pero que persigue a mi primo adonde quiera que va.

¡Pacsi, inventarse un botón!

Pero mi primo se inventa otra cosa:

se quita el quepí. Acaricia su cabeza rapada.

Y, en un castellano casi perfecto, dice:

Quiero mi baja.

Sucre trata de intimidarlo con la mirada: como es más pequeño, debe mantener la cabeza levantada, igual que un chihuahua a punto de morder a un niño, sin ladrar, calculando en los belfos la dosis exacta de rabia. Tayson, en tanto, lo mira imperturbable, la cabeza un poco agachada, también en silencio, como un árbol torcido plantado al borde del abismo.

Un ventarrón hace flamear la bandera. En la escuadra, mis camaradas se agarran la cabeza para que el viento no arrastre sus quepíes.

Sucre insulta a mi primo con las mismas palabras que usó aquella vez que lo jaripeó por haber olvidado la letra del himno al mar. Fraile. Maricón. Regresá a tu país, negro.

Entonces sucede: Tayson escupe al suelo y emprende el camino hacia la puerta de salida.

El ventarrón sopla más fuerte, Tayson anda y, mientras lo hace, silba el himno de Brasil y, por un momento, parece que todo El Alto silbara esa tonada: los cables de los postes de luz se sacuden y, a lo lejos, el polvo del campo de tiro se levanta, intenta escapar, quién sabe, a tierras más cálidas.

¡Mono gramputa!

Sucre parece más chihuahua que nunca: camina detrás de mi primo apresurando sus piernas cortas, le dice rebelde, chileno, ¿no conoces la jerarquía?, mono desertor. El sargento Bohórquez lo escolta en compañía de dos subtenientes. Uno de ellos –Aldana– se adelanta a todos y se interpone en el camino. Tayson lo esquiva como quien sortea a un pordiosero sucio.

Ni lo mira ni lo toca, como si pensara: no voy a gastar mis ojos en vos.

Tayson se aleja y con él un grupo de superiores. Silencio. Salvo el sargento Pari, que observa con preocupación lo que sucede desde las filas de la compañía Bravo, ningún instructor vigila a los más de ciento veinte premilitares que componemos el batallón.

Podríamos hacer una revuelta, pienso. Amotinarnos. Tal vez así Bohórquez dejaría de robarnos las carnes del rancho, o los sargentos dejarían de hacernos limpiar sus cuartos, o los reservistas denunciarían la misteriosa muerte de aquel sarna (ocurrió en Chayanta, en una excursión) o Sucre dejaría de cargarse a las chicas más lindas y así dejaría algo para nosotros, los precos.

Pero, en vez de eso, sacamos nuestros celulares y empezamos a chatear.

suena la alarma no quiero ir al cole hace frío toda la vida despertando en el frío saliendo al frío del frío al frío y mañana hay premilitar qué mierda qué tayson más suertudo ya no va a la pre puede dormir los sábados yo quiero lo mismo aunque el sábado hay tiro nos van a enseñar a manejar el máuser los superiores dicen que cada bala es un chileno muerto no hay que desperdiciar chilenos quiero manejar un máuser quiero dispararle a todo el mundo en especial a sucre un día me robó mi asado se burló de mi peinado no hay pan no me gusta ir a comprar pan a esta hora es fríío mierda qué frío me pongo un abrigo mejor doble chompa mejor me envuelvo en una frazada esa que tiene banderitas camino hasta la tienda me cruzo con algunos compañeros todos quieren ser militares ingenieros pero todos van a ser oficinistas o comerciantes otros dicen que se van al extranjero pobres ingenuos dicen que se van a italia a estados unidos como si fuera tan fácil un huevón dice que se va a harvard animal ni siquiera sabes la tabla periódica toco la rejilla véndame aparece la doña compro pan no siento frío qué milagro un verdadero milagro ojalá los uniformes estuvieran hechos de frazadas

Vivimos frente a un río contaminado. Marrón, en cuyas orillas, las palomas y las gaviotas picotean en busca de comida.

Al otro lado del río solían estar las casetas de unos yatiris. Uno de ellos, hace varios años, le leyó la suerte a mi padre y le dijo que se dejara de medias tintas, que se animara.

Que siguiera el ejemplo del río: hace tiempo, cuando yo era un esperma y papá acababa de salir del colegio, aquel río jugaba a ser cristalino. En su naturaleza estaba ser marrón, pero algo en sus aguas le impedía entregarse a la suciedad. Un día, contó el yatiri, el río abandonó esa indecisión, aquel mestizaje, y se hizo bronce, tan bronce como el rostro de mi padre, el rostro de esta ciudad, y desde entonces, Río Seco, nuestro barrio, se convirtió en una zona comercial, hipercomercial, en la que todo el mundo deseaba abrir un negocio.

Todo el mundo.

Menos mi papá.

Quien siguió el ejemplo del río fue el tío Waldo, el papá de Tayson. Su suciedad comerciante, que es lo opuesto a la higiene de pilcha que papá enarbola, lo empujó a vivir en Brasil durante unos buenos años, a trabajar sin conocer lo que son los derechos laborales, y ha logrado que nuestra casa sea la más vistosa de la cuadra: grande, de cuatro pisos, con garaje y patio, colorida, casi cholet.

Mi familia vive en la planta baja. Nuestro departamento es pequeño, frío. El más chapi de todo el edificio: las tuberías del baño andan mal y, cada cierto tiempo, algún caño estalla y la sala se inunda y las losas se desprenden. (Eso explica por qué la mitad de nuestro piso es de cemento y la otra de parquet.)

La familia de Tayson, por su parte, tiene el departamento más lindo de todos. Su piso siempre brilla porque la tía Corina lo lustra todos los días y no deja que nadie ande sin esos piecitos de tela que ella acomoda al lado de la puerta de entrada. Además, huele bien, siempre: su olorcito es el de los tenis Bubble Gummers nuevos, como de chicle, rico.

Mi familia, la nuclear, está compuesta por cinco personas: papá, mamá, mi hermana, mi sobrino y yo. En los cumpleaños nunca sabemos qué regalarnos –y, si lo sabemos, no estamos dispuestos a gastar tanto– y las únicas veces que tenemos contacto físico es cuando uno de nuestros padres está tan borracho que necesita que lo abracemos para que no ruede por las gradas.

La familia de Tayson es diferente. Organizan parrilladas en cada fecha festiva, y sus torneos de lota son tan emocionantes que mis primos y yo los preferimos mil veces a los partidos de fútbol.

No me quejo de la situación. En absoluto. Si mis padres fueran tan atentos como los de Tayson, yo nunca habría ganado varios

subcampeonatos en diferentes torneos de juegos en red, ni le habría alquilado mi cuarto a un amigo de la pre para que cogiera con su novia, ni tendría la libertad de tener relaciones íntimas con mi mano al menos tres veces al día, salir a deshoras, llegar a casa fumado o borracho, cruzarme en las gradas con mi viejo, quien también suele aparecer fumado o borracho, saludarnos con un hola frío, entrar a mi cuarto, poner en el celular la chicha más dolorosa del mundo, tararear y dejar que la mota o el alcohol hagan el resto.

Prefiero eso a la vida de Tayson, a esa calidez de familia Ingalls p'asp'a, que en la superficie es colorida como un cholet, pero que por dentro alberga una sombra que ha hecho de mi primo un ser mudo, misterioso, con una pila de palabras amontonadas en la punta de la lengua, provenientes de quién sabe qué infierno brasileño, fermentadas por la espera.

Cuando se enteró de que Tayson había solicitado su baja de la Fuerza Aérea, el tío Waldo enloqueció. No fue necesario ser testigo de sus rabietas, que imagino similares a las de su hermano, mi padre; ni ver cómo sus cejas se unían en un vértice invertido, igual que las mías cada vez que mi mamá me obliga a comprar pan en la mañana; ni escuchar los lloriqueos de la abuela, que pueden durar horas y confundirse con los aullidos de la perra del vecino.

Tan sólo miré el morete en el ojo derecho de Tayson y lo supe.

No justifico el puñetazo que el tío Waldo le propinó a mi primo, pero creo que es importante poner todo en contexto. Hace algunos meses, en abril, Tayson dejó el colegio. Dijo que no se podía acostumbrar al ritmo y que sus compañeros se burlaban de su acento. Mis tíos lo aceptaron con una serenidad que no sorprendió a nadie en la casa: si hay algo que la familia Pacsi sabe muy bien es sentirse extraña en un lugar nuevo. Ya, dijo el tío Waldo, un poco borracho, pero al año vuelves y no pierdes tiempo y te metes a los prefacultativos de la UMSA.

Ok, dijo Tayson, sin entender qué significaba la palabra prefacultativo y mucho menos UMSA.

De ahí la rabia, de ahí el puñetazo, en el que viajaba la frustración de saber que su hijo ni obtendría un diploma ni una libreta de servicio militar. Que era un paria, ni boliviano ni brasuco: que se había bajado del bus del patriotismo a mitad del camino y que jamás odiaría a los chilenos ni se sentiría con la autoridad de decir sou brasileiro, porra, a gente tem cinco copas.

Que era un vago.

De ahí la olla llena de pipocas y la cara hipnotizada de esa niña al ver cómo Tayson esparce la sal.

¿Cuánto es, joven?, pregunta una señora que carga a una wawa en las espaldas.

Un boliviano.

Más allá de sus problemas de ira, el tío Waldo siempre fue salomónico. Por eso, para darle una lección a su hijo, lo obligó a trabajar como pipoquero todas las tardes en el puente de Río Seco.

Así vas a recuperar los setecientos bolivianos que hemos gastado en tu uniforme y tus implementos, dijo.

Tayson aceptó su nueva realidad de buena gana. Nunca le tuvo miedo al trabajo. De hecho, según cuenta, comparado con el laburo en los talleres de costura, vender pipocas es un juego de niños. En eso somos distintos: salvo esa temporada en la que ayudé a mi vieja a vender tawas en Villa Adela, jamás he trabajado. Y sólo pensar en tener que pasar el día lidiando con gente de todo tipo me provoca ganas de robar un máuser y gastar un chileno en mi cabeza.

¿Cuánto falta para la Copa?, pregunta Tayson.

Medio mes, respondo.

¿Vas a torcer para Brasil?

No creo. Me gusta Alemania.

Un borracho se acerca al carrito. Pide cien bolivianos de pipocas.

No tenemos, dice Tayson.

Pero tanto estoy viendo, dice el ebrio. Mirá, tengo plata. Mirá, y nos muestra un billete de cien.

Tayson está nervioso. Yo más. El borracho es grande. De cara burlona. Pienso en el máuser de la sesión de tiro y me arrepiento de haber deseado gastar las balas en atravesarme el cerebro. Si tuviese un arma, la usaría para disparar a todos los que quieren pasarse de vivos conmigo.

El borracho escupe al suelo y nos mira sonriente. Su cara pasa de la euforia envilecida a una calma acogedora. Con una voz que parece surgir desde su única neurona sana, dice:

Ya, dame un pesito.

Tayson le entrega la bolsa de pipocas y el borracho le alcanza el billete de cien.

No tenemos cambio.

Yo no sé, dice el ebrio al tiempo que mezcla las pipocas con la misma mano con la que hace unos segundos se ha rascado el culo. Problema de ustedes. Hazte cambiar con la casera de las gelatinas.

Con el tiempo, los clientes de Tayson me parecen menos repelentes y llega el día en el que admito que me gusta vender pipocas con él. Una tarde en la que estamos aburridos, empujamos el carrito hasta la zona de la UPEA y Tayson acaba su producto en menos de una hora.

Hay que volver, digo.

Por un momento, me da la impresión de que podemos hacernos ricos. Que podría conseguirme un carrito y empujarlo todos los días hasta la zona de la universidad. Incluso fantaseo con las cosas que podría comprar con el dinero. Un celular nuevo. Una camiseta original del Borussia Dortmund. Me gustaría tener la 9, de Lewandowski, o quizá la 10, del armenio Mkhitaryan.

Todos mis sueños se deshacen una tarde en la que sorprendo a Tayson con la boca llena de sal. Estamos a una cuadra de la universidad y he bajado del minibús apenas lo veo empujar su carrito a mitad de la avenida. ¿Qué ha pasado?, le pregunto mientras apunto con el dedo a la olla de pipocas casi vacía.

Comí, dice Tayson.

¿Te lo has comido todo?

Tayson asiente con la cabeza.

De repente me acuerdo de las palabras de mi hermana: el Tayson está engordando waso. Miro sus pómulos de perro bulldog y los comparo con los del muchacho flaco que llegó a la casa una tarde de domingo y se impactó al ver la cara de Tunupa: entre aquel Tayson y el que se limpia la cara con las mangas de su canguro hay, por lo menos, diez kilos de diferencia.

Lo raro, sin embargo, no es eso. Estamos en etapa de crecimiento y se supone que la monstrificación es parte inevitable de tener diecisiete. A mí, por ejemplo, me han salido unos vellitos en la quijada y en la zona de los maxilares. Todavía no son suficientes para considerarlos una barba, pero el solo hecho de mirarme al espejo y ver un borde oscuro alrededor de mi cara me hace consciente del paso del tiempo, al igual que mirar a mi sobrinito y saber que ya va al baño solo; acercar el puño a la cara de mi abuela y descubrir que no pestañea, que ni siquiera se inmuta, casi no ve; o enviar un mensaje por Whatsapp y reparar en que soy el único de mi colegio que usa un celular con teclas y no uno con pantalla touch.

En Tayson, la monstrificación incluye, además de cambios fisiológicos, alteraciones en su conducta. Debí de haberme dado cuenta antes. Una vez, poco después de su llegada, Tayson y yo fuimos a la salchipapería de doña Romina. Le gustaron tanto esas salchipapas que, apenas terminó, pidió que le prestara cinco bolivianos para un segundo round. Se los presté sin ningún problema, pues yo también soy un adicto a todo lo que las manos de doña Romina preparan, y

pedimos dos salchipapas más. Nada de esto sería raro si, tres días después, no me hubiera enterado de que el tío Waldo había chicoteado a Tayson por haber robado un billete de cien bolivianos de la cómoda de la tía Corina. Según mi padre, Tayson había tomado ese dinero para comprar diez salchipapas más tres coca colas de dos litros. El tío Waldo lo había sorprendido in fraganti, cuando mi primo regresaba cargando las bolsas y pese a la incomodidad trataba de pinchar una de las bolsitas para así pellizcar una salchicha.

No me di cuenta entonces, pero me doy cuenta ahora: Tayson tiene algo con la comida.

Lo sé por el modo en que chupa el hueso de su pollo frito: como si le estuviera dando sexo oral a un tipo. Debe de ser una pasión, igual que mi amor por el fútbol o el ardor con el que Sucre odia a los peruanos.

Tres días después, la escena se repite: sorprendo a Tayson a cuatro cuadras de la UPEA y su expresión de vergüenza me dice que, una vez más, se ha acabado él solo la mitad de la olla.

Caralho, murmura.

Te has rayado, chango. ¿No te duele el estómago?

Mi primo niega con la cabeza.

Caminamos a casa en silencio. Una muchachita nos ofrece maicillos y Tayson compra dos unidades. Se mete uno a la boca a la vez que guarda el otro en el bolsillo de su canguro.

Desde que Tayson ha solicitado la baja, los superiores y los antiguos se aprovechan de mí y me jaripean con más frecuencia. En una ocasión, un antiguo de ojo desviado me pide que nos intercambiemos las botas. Dice que las suyas le aprietan, que esta noche le toca hacer guardia. Intento persuadirlo –es más, le digo que mi mamá me castigará si se entera de que he perdido mis botas–, pero es en vano. El antiguo dice que los Pacsi no merecemos unas botas tan nuevas, que de seguro las usaré para escapar, igual que mi primo.

No soy un desertor, murmuro.

El antiguo me alcanza sus botas hediondas.

Para mi suerte, la sesión matutina de ejercicios se cancela debido a una reunión de los instructores. Ya que tenemos tiempo libre, pasamos la mañana charlando en el pasto e intercambiando figuritas del álbum del Mundial. El álbum de Chuquimia es envidiable. Le falta poco menos de cincuenta figuritas y dice que el lunes comprará dos cajas y que con ello espera conseguir las faltantes. El de Rodas es el más vacío, pero posee las figuritas más valiosas: las de Messi y Ronaldo. Chuquimia le ofrece veinte bolivianos por la de Messi.

Ni cagando, dice Rodas, están pegadas.

No importa, dice Chuquimia, para eso hay tijeras.

Y con actitud pandilleresca, agrega:

Te conviene. Cuidado que alguien te esté choreando el álbum mientras comes tu rancho.

Por mañanas como ésta, la base aérea deja de parecerse a una cárcel y me proporciona todo eso que no encuentro ni en el colegio ni en mi casa: camaradería. Mamani nos invita a unas empanadas que su abuela ha preparado para la escuadra. Rodas dice que tiene mota en su morral. Primero fumaremos, sugiere Mamani, luego de eso la empanada va a saber mejor.

No voy con ellos porque me atemoriza ponerme muy chino y que Sucre se dé cuenta. En lugar de eso, me quedo tendido en el pasto y observo a las damas premilitares que descansan al frente.

Ahí va Mendoza, la chica que me gusta. Nunca descubrí su nombre completo, así que la llamo sólo por su apellido. La busqué en Facebook pero hay tantas Mendoza en el mundo que no conseguí nada. En un acto desesperado, creé un grupo de Whatsapp en el que incluí a todos mis contactos de la Fuerza Aérea. Mi idea era que el grupo se hiciera famoso y que Mendoza (o alguna chica bonita) se acoplara. No funcionó: ninguna dama premilitar se unió y el grupo se transformó, como era de esperar, en una carpeta de links porno.

Salimos de la base a eso de las dos de la tarde. Al parecer, la reunión va a extenderse unas horas y el sargento Pari ordena que nos larguemos. Una vez fuera, a pocos pasos de la base aérea, encuentro a

Tayson. Camina junto a una chica a la que nunca he visto.

Como los dos están de espaldas, resulta fácil sorprenderse con la diferencia de tamaño que existe entre ambos: él es alto, tiene la espalda ancha y las formas esféricas; ella es bajita y tan delgada que, cuando Tayson la toma de la cintura, su mano oscura parece ocupar una cuarta parte del torso. Doy unos pasos más, acaso deseando comprobar si la chica es tan linda como se ve a la distancia. Y lo compruebo: la muchacha es bonita, qué digo bonita, preciosa, y la evidencia me golpea en el ego, ahí donde se juntan las mujeres de todas las pajas de mi vida, esos cuerpos que o bien no existen, o bien jamás voy a tocar.

Ya en el minibús, un resquemor me arrasa por dentro. Conozco esa sensación: es la envidia. Me sentí así aquella vez que fui al estadio a ver el partido de Bolivia contra Chile y me maravillé con las jugadas de Alexis Sánchez, un tipo que por su piel y sus cabellos bien podría pasar por un aymara, como yo (de hecho, Alexis nació en Tocopilla, territorio que Bolivia perdió en la guerra). Y así me siento ahora, sólo que todo elevado a la décima potencia.

Saco el celular, le escribo un mensaje a Tayson: gordo de mierda kien t crees? pagame los diez pesos q te prestado n el internet gordo ediondo te vas hacer rebentar.

Tayson ha traído cosas interesantes de São Paulo. Entre ellas, porno brasuco, jarabe de frutilla, un piercing para el labio, tenis Olimpikus y una memoria externa con dos gigas de música coreana.

Al inicio sólo me interesaron las películas porno, pero de a poco me ha empezado a llamar la atención el K-pop. Tayson dice que no sabe qué hace esa música ahí. Le echa la culpa a su prima.

Miente; se nota. Cada vez que hablo de esos grupos, su mirada se desvía como la mía cuando niego que me gusta la Mendoza. Tayson, sin embargo, es peor mentiroso que yo: digo K-pop y se le caen al suelo las monedas que está contando; bromeo que a la tía Corina le dicen Cori por coriana, y él me mira con una rabia antigua, podrida quizá, de esas que uno guarda años y no abandona pese a los kilómetros recorridos.

De casualidad leo en internet que un grupo coreano ha llegado a Brasil hace poco. Se lo cuento a Tayson.

Él explota; me dice que es la última vez que hablo del tema y me insulta con una palabra que nunca he oído en mi vida.

Cuzão.

Ahora que lo miro de cerca, Tayson tiene mucho de asiático. Sus ojos son pequeños, rasgados. Y, de no tener la piel cobriza, la carnosidad de su cuerpo lo haría pasar por un buen proyecto de luchador de sumo.

Quien sustenta mi teoría de que hay mucho de Asia en toda esa grasa es Dino, un librero a quien conocimos en la Ceja. Ya que Tayson nunca pudo controlar su manía de comerse las pipocas que se supone que debía vender, el tío Waldo le quitó el carrito y le dijo que buscara trabajo en otra parte. Tayson intentó trabajar como seguridad en un local de Kiswaras, pero el dueño se echó atrás apenas se enteró de que no es boliviano.

Aquí no se aceptan perucos, el local es de bolivianos para bolivianos.

Tayson le aclaró que es brasileño.

Andá a mamar, dijo el dueño. Clarito se nota que eres de Puno.

La necesidad lo empujó a las calles. Una tarde que fue a la Ceja, reparó en que los voceadores que anuncian los destinos recibían una moneda de dos bolivianos cada vez que el minibús se llenaba de gente. Durante media hora, puso atención a los gestos, a las palabras. De regreso a casa, repasó mentalmente todo lo que había visto y, mientras subía a su piso, repitió en voz alta los nombres de los destinos e hizo aspavientos como si realmente voceara para ganarse la vida.

¡Pérez! ¡Pérez! ¡Autopista! ¡Estado Mayor!

Ahora mi primo vocea al lado de un minibús gris mientras Dino y

yo lo observamos desde la vereda, a unos veinte metros de distancia. Chino siempre parece, dice Dino.

Cuatro de la tarde. El sol choca con nuestras espaldas y por momentos parece que nos tuesta la nuca. Da lo mismo. Estamos en mayo, y la experiencia nos dice que debemos aprovechar todo el sol posible, almacenarlo en el cuerpo, en la memoria, igual que los buenos recuerdos, que se extrañan tanto cuando uno está lejos: Dino dice que así como no ha habido en su vida un solo rayo de sol al que no le haya sacado el jugo, tampoco ha habido un momento feliz que su memoria no haya forrado con una cinta a prueba de olvido.

Cuenta que no ha desaprovechado ni un segundo, que ha vivido y ha amado con tanta intensidad que es capaz de recordar el olor exacto del champú de su madre, fallecida hace veinte años. Abre las palmas y las extiende en dirección al sol, similar a la gente que quiere recibir la energía de los rayos solares en Tiwanacu cada 21 de junio, durante el año nuevo aymara.

Conocí a Dino hace un par de días, mientras observaba cómo Tayson voceaba al lado de un minibús con destino al centro de La Paz. Dino vendía libros sobre un plástico extendido en la vereda. Me preguntó si tenía un encendedor.

No tengo, respondí.

Una mujer que vendía fósforos pasó de repente. Dino compró dos cajas.

Me ofreció un cigarro.

No fumo, respondí.

¿No fumas porque no te gusta o porque no sabes fumar?

Pensé un segundo en mi respuesta. Si le decía que no me gustaba fumar, creería que era un cobarde.

No sé fumar, dije.

Dino exhaló un humo largo. Tomó un libro cuya portada mostraba a un hombre sosteniendo un pututo.

Me lo extendió con el cigarro entre los labios.

¿Un librito, entonces? ¿O tampoco sabes leer?

Al cabo de quince minutos, Dino ya me había sacado más información que mis padres en la última media década. Le conté sobre mi emoción por el Mundial que había empezado hacía unos días, sobre lo tanto que odio el colegio y sobre esa vez que el profesor de Biología me envió una carta de amor en medio de mi carpeta recién revisada. Le dije, incluso, que estoy enamorado de la Mendoza y que estoy pensando en pagarle a un antiguo para que averigüe su nombre completo.

Tanto lío, sonrió Dino. ¿Y si le preguntas de frente? Ella no es de otro planeta. Debe de ser tan cobarde como vos.

Dino tiene veinticinco años, de los cuales, según cuenta, gastó la

mayoría ayudando en el taller de costura de su madre, en Buenos Aires. Volvió a Bolivia hace dos años, aunque dice que una mitad de él sigue viviendo en Flores, el barrio donde creció y descubrió su amor por la lectura. Luce una gorra de guerrillero que de lo descolorida que está da la impresión de que jamás se separa de su cabeza. Sus patillas son largas y puntiagudas y flamean cada vez que el viento sopla. Su aspecto –paliducho, huesudo– me recuerda al personaje de un animé.

¿Y sólo vendes libros?, pregunté.

También estudio Sociología, respondió.

¿Sociología? ¿Y para qué sirve eso?

Para que no hagas preguntas tan estúpidas.

De regreso a casa, Tayson y yo hablamos sólo de Dino. Según mi primo, Dino es un engreído que se cree la gran cosa por haber leído dos o tres libros. Se conocieron una semana atrás, cuando Tayson hizo llenar un minibús por primera vez. Como me cae bien Dino, intento cambiar de tema y le pregunto a Tayson sobre esa chica con la que lo vi la semana pasada.

¿Araceli? Ah, sí. Es mi… ¿cómo se dice aquí? ¿Namorada? ¿Esposa?

Tu novia, tu chica.

Eso, dice Tayson. Araceli es mi novia, mi chica.

Con Mundial y mar, qué cabrones.

Le digo a Tayson cuando me pregunta por Chile.

En mi casa, excepto mi viejo y yo, todo el mundo apoya a Brasil. Papá dice que no le gusta Brasil porque él prefiere la garra a la técnica, el esfuerzo al talento, Maradona a Pelé. Los gauchos no pierden una sola pelota, dice, se juegan la vida en cada partido. Eso no lo ves en Brasil, agrega. Esos negros juegan bien porque han nacido con el físico. Así cualquiera.

Puras huevadas. A mi viejo no le gusta Brasil porque siente envidia del tío Waldo. Envidia de que mi tío tuviera el valor de cruzar la frontera, de su plata brasileña. Envidia de esos ojos que han visto tanto, tanto, más allá de las montañas, sobre las montañas, la antítesis de las montañas: el mar.

Yo apoyo a Alemania y Chile. El mediocampo de los alemanes es como un equipo de futbolín: ningún jugador pierde la línea. Son sinfónicos; cada futbolista conoce al otro, cada balón sigue una partitura, una música. Cuando Özil la toca, es como si alguien hubiera guiado sus piernas con el mando del PlayStation: esa sutileza y esa exactitud sólo pueden surgir de una insólita combinación de ciencia y arte, mente y alma, algoritmos y corazón. Müller es un ave de rapiña que olfatea el gol a kilómetros de distancia. Kroos juega con tanta elegancia que debería usar un frac. Incluso las ausencias –de Marco Reus y Gündoğan– cubren al equipo con una armadura extra, unas piernas invisibles que empujan el balón cuando éste quiere salirse de su cauce. Qué bello es el fútbol. Pienso en Francia 98 –mejor: en los videos de Francia 98–, en la victoria de Nigeria sobre España. Y a mi mente viene el desborde de Schweinsteiger en ese partido contra Argentina cuatro años atrás, y el lamento de Maradona, y me doy cuenta de que la belleza del fútbol no está en el gol, sino en otra cosa. Basta recordar esa pared entre Alexis Sánchez y Charles Aránguiz, el espasmo de David Luiz, el fantasma del Maracanazo que planea como dron sobre el Mineirão.

Brasil y Chile empatan uno a uno en los octavos de final del Mundial 2014. El árbitro pita el final del alargue.

Penales, dice el relator.

Tayson se levanta de su silla, se agarra la nunca con las manos y suspira como si estuviera por rendir un examen para el que no ha estudiado.

Me gusta Chile. Sus jugadores se conocen de memoria, se quieren. Uno de mis sueños es lograr esa comunión con mis compañeros de equipo, saber en qué están pensando cuando amagan el balón, qué buscan cuando, en un lateral, sus ojos me miran como intentando transmitirme las coordenadas de un viaje. Lo malo de Chile, lo único

malo, es que a sus jugadores les falta eso que llaman oficio: la capacidad de hacer goles pese a no estar jugando un buen partido, algo que a selecciones como Brasil y Argentina les sobra.

Y esa carencia de oficio también se traduce en nerviosismo: Chile falla sus dos primeros penales.

Alexis Sánchez ha errado. Turno de Brasil: la cámara enfoca a Bravo, el portero, luego el rostro de una hincha brasileña que luce un gorro de arlequín con los colores de su bandera; mi papá dice pero qué rica mujer: no sabía que en Brasil había chocas.

El brasileño está a punto de patear el penal cuando la transmisión se corta. Tayson y su padre enloquecen.

Eso les pasa por no pagar el cable cuando les he dicho, dice mi madre con tono de regaño. Papá se acerca al televisor, hurga en las conexiones del aparato. Veo mi silueta y las de Tayson y su padre en el reflejo de la pantalla ennegrecida. Ambos han pasado de la locura a la quietud y ahora están inmóviles, rígidos, acaso pensando en toda la gloria o todo el horror que millones de brasileños deben de estar experimentando en estos precisos momentos.

La sensación de bomba a punto de estallar dura hasta que mi hermana Érica nos alcanza su teléfono y dice ha ganado Brasil, miren.

Tayson y su padre se abalanzan sobre el aparato. Sacan los suyos para confirmar la noticia.

Pucha, no tengo crédito, dice el tío Waldo.

Yo tampoco, responde Tayson.

Tomá, tomá, andá a la tienda y comprá dos tarjetas de diez; no, mejor comprá cinco, capaz no tienen cambio.

Luego de unos tragos, Tayson le cuenta a Dino sobre su vida en São Paulo. Le habla de Itaquera, el barrio donde se encuentra la sede del Corinthians, y de los conciertos a los que ha asistido.

Nickelback, Foo Fighters, Pennywise.

Dino no se impresiona con ninguno de esos nombres. Ni siquiera cuando Tayson cuenta que puerteó en las afueras de un concierto de los Rolling Stones.

La cara de Dino se ilumina sólo cuando mi primo, ya ido por la nieve que aspira a escondidas en el baño, habla del día que el coreano del almacén lo expulsó al darse cuenta de que no era brasileño.

¡Carajo!, exclama Dino. Eso da para una tesis completa, para una película.

Abre una nueva botella de ron.

La casa de Dino es pequeña. Se trata de un garzonier ubicado en el último piso de una casa en Ciudad Satélite. Sus paredes están descascaradas y, para disimularlo, Dino ha colgado un montón de afiches, entre los que destaca un cuadro de Jesucristo puesto de cabeza.

Y, a todo esto, dice Dino, ¿te consideras brasilero o boliviano?

Tayson mira su vaso vacío, juega con él. Luego de unos segundos, responde:

No sé. Ése es mi problema.

¿Y vos qué piensas?, le pregunto a Dino, envalentonado por los cuatro vasos de ron adulterado que circulan en mi organismo. ¿Boliviano o brasuco? ¿Cara de qué tiene mi primo?

Dino mezcla el ron con la gaseosa en una jarra sucia. Vierte el contenido en nuestros vasos.

De ninguno, responde. Ni boliviano ni brasileño. Vos, Taycito, eres igual que nosotros: aymara.

Las vacaciones de invierno se acercan, aunque de vacaciones tendrán poco: en vez de ir al colegio, deberé asistir a la base aérea todos los días, de siete de la mañana a tres de la tarde.

Tayson sugiere que no asista. Dino lo alienta. Como avanzan los derechos, dice, en poco tiempo el requisito de la libreta de servicio militar para optar a algún cargo va a ser inconstitucional. Mirame a mí: no fui al cuartel porque estaba en Argentina y nunca me han pedido libreta para nada.

Un día antes de que comience el reclutamiento diario, Tayson y yo vamos a pasear a Abajo. Es la primera vez que viajamos en teleférico. Mi primo está feliz: me pide que le tome una foto.

Enfoco con la cámara, miro en el recuadro: Tayson luce más gordo de lo normal, su cara está ultrapaspada de tanto vocear sin gorra, y ahora viste sólo de negro.

En cuestión de días, mi primo ha pasado de ser un gordito afable a ser un gordo emo y de mierda.

Además, es keypopero. Esa información constituye material más que suficiente para vengarme de él por tener novia, pero hace unos días vi un video que compartió en su Facebook y, a decir verdad, no me desagradó del todo. Luego busqué otras canciones coreanas famosas, y mis oídos erraron entre el asco y el deleite. Me gustaron y no me gustaron. Me atraen y me repelen. Pienso: así deben sentirse las personas que no aceptan del todo su sexualidad. No entiendo ni un carajo de la letra, pero qué más dan las palabras cuando BoA Kwon le baila al amor y todos sus movimientos tienen destino de paja.

Otra que me gusta es Lee Michelle: mitad negra, mitad coreana. (Algo me dice que la voz de la Mendoza es similar a la de ella.)

Without you neo eobsi nan gwaenchanh, dice la letra de una canción.

Tayson me pregunta en qué estoy pensando.

En nada, respondo sobresaltado. Dejá que te tome otra foto. La última ha salido borrosa.

Llegamos a la Zona Sur cuando el sol se pone más insoportable que nunca. Me quito la chaqueta, pero el olor de mis sobacos me obliga a ponérmela de nuevo. Ya que los teleféricos de La Paz jamás paran, uno debe apurarse en salir antes de que la puerta se cierre de nuevo y la cabina avance sin freno. Tayson no lo sabe y se queda inmóvil en el asiento mientras yo salgo de la cabina. La puerta se cierra. La cabina se aleja con mi primo dentro. Nos miramos a través de la mampara transparente. Tayson se aleja y yo saco el celular para capturar el momento.

Zona Sur de La Paz. Tres y media de la tarde. Se nota que no pertenecemos aquí porque somos los únicos que buscamos el calor. Ellos, los residentes, escapan del sol porque están demasiado habituados a él. Vienen de Achumani o Los Pinos, uniformados con sus mochilas Totto, con una lengua que apesta a inglés de CBA, un amaneramiento que parece decir soy boliviano pero no tanto. Entre ellos y nosotros, existen unos cinco o seis grados de diferencia, lo suficiente para definir un estado de ánimo, el tono de la voz, la elección de un camino.

La Zona sur es caliente, siempre y cuando lo caliente sea sinónimo de no tan frío. Ellos, los residentes, buscan la sombra, se resguardan en las mamparas, usan bloqueador. Nosotros, que venimos del verdadero frío, hemos aprendido a aprovechar todo el calor posible. Nada de bloqueadores. Nada de andar por la sombra. Necesitamos calor. Y, si usamos gorra, no es para interceptar algún rayo solar, sino para esconder nuestros cabellos rebeldes. Da lo mismo que uno vista chompa beatle o un canguro con frisa, ni que no se tenga plata para un jugo y que la garganta sea un Sahara del ande: en el sur, uno busca calor para almacenarlo y usarlo cuando haga falta.

Sé que no pertenezco aquí porque tomo sol en una banca de Irpavi y siento que hago fotosíntesis.

Las dos semanas de instrucción diaria resultan menos demoledoras de lo que esperaba. En cierta medida, me parecen hasta agradables. El terreno es difícil, sí, pero me va bien en la revista y me gano el respeto de mis camaradas. Tanto los instructores como los premilitares parecen haberse dado cuenta de que estamos en la recta final de todo este circo, de modo que los jaripes son cada vez menos duros y nuestra voluntad de hacer los ejercicios se aviva por la consciencia de que todo acabará pronto. Otro estímulo es la promesa de los superiores: luego de la última revista, diez de nosotros, los más más tigres, saltaremos en paracaídas desde el Robinson R44.

El mejor día de instrucción ocurre un jueves en el que el subteniente Aldana trae una pelota. Ordena que hagamos equipos de seis. Formo el mío junto a Chuquimia, Mamani, Salas, Pacheco y Aróstegui.

Jugaremos con botas en ese terreno donde, según cuenta la leyenda, un sargento atrapó a esa rata gigante que usó para el rancho de unos sarnas amotinadores. La compañía Charlie forma ocho equipos, lo suficiente para jugar unos cuartos de final con eliminatorias directas.

Un cachito, un cachito, dice el suboficial Pari. Los superiores también tenemos equipo.

Charlatán como siempre, Pari dice que el equipo de antiguos jugará contra todos los equipos. El campeón será el que logre derrotarlos.

Sucre aparece vestido con el uniforme de la selección boliviana. Van a aprender, monos, dice al tiempo que hace calistenia, van a aprender.

Sentados en el pasto, mientras esperamos que llegue nuestro turno de entrar a la cancha, mis camaradas y yo nos repartimos los puestos.

Chuquimia, que durante todo el calentamiento ha estado mudo, dice que tenemos que inspirarnos.

Dejate de mariconadas, dice Pacheco.

Maricón tu culo.

Y extrae una botella sobaquera del bolsillo lateral de su pantalón.

Nos marinaremos pues, agrega Chuquimia.

Se frota las manos.

Aróstegui sugiere que vayamos a beber al hangar del Fokker 27, que está alejado y es además espacioso. ¿Y el partido?, pregunta Salas. No seas marica, dice Chuquimia, hay siete equipos antes de nosotros. Y los instructores tienen que jugar con cada equipo. Un partido dura por lo menos veinte minutos… Veinte por siete… Puta, no sé. La cosa es que tenemos más de una hora.

A mitad del trayecto, Mamani se saca un porro del bolsillo de la

blusa. La yerba debe de ser importada, pues cuando llegamos al hangar el mundo ya se ha suavizado lo suficiente como para que no me avergüence tararear esa canción de amor que no se me va de la cabeza. Chuquimia me imita.

La puerta del hangar se desliza con facilidad. Es que el Fokker es su wawita del capitán, dice Aróstegui, por eso la puerta está bien aceitada. Encontramos el interruptor luego de tantear unos minutos. No sé si es la costumbre, o tal vez la mota, lo cierto es que, cuando encendemos la luz, el Fokker no luce tan monumental como creíamos que era.

¿Tanto lío pa' esto?, dice Chuquimia.

El Fokker 27 es un avión con una hélice en cada motor lateral. Su nariz está rayada, como si alguien hubiera pasado una moneda varias veces sobre su superficie. Las ventanas están debajo de las alas. En uno de los lados se lee: ejército de bolivia. Fabricación holandesa, dice Mamani mientras empuja una hélice. Aróstegui se toma una selfi con el avión de fondo.

El alcohol y la yerba nos relajan de inmediato y nos olvidamos del partido. Alguien pone música en el celular. No nos importa que algún conscripto pueda escucharnos.

Mamani se me acerca. Me rodea con el brazo. Dice:

¿Te digo algo? Tu primo siempre me ha parecido un reverendo cojudo. Siempre andaba hecho al bueno. Más de una vez he querido sacarle la mierda.

Pacheco se une a la conversación:

Sí, ese Pacsi 2 era un marica. Te lo digo a lo cuate. Tu primo, nada que ver.

¿Por qué ha desertado?, pregunta Chuquimia. ¿No quiere servir a nuestra patria? ¿Quién se cree, pues?

Problema de él, respondo. Para cambiar de tema, hablo de lo bien que le va a Costa Rica en el Mundial.

Pero Pacheco tiene ganas de más:

Hecho al brasilero el otro Pacsi, ¿no? Pobre t'ara de mierda.

Chuquimia se saca otro porro del bolsillo lateral del pantalón. Nos relajaremos, pues. Nos relajaremos, changos.

Pacheco no presta atención al porro (y con ello me da a entender que todavía no ha acabado con mi primo).

Hecho al brasuco el cojudo. Si lo veo en la calle, le voy a enseñar a amar la tricolor.

Y ahora sí, con el porro entre los labios, agrega:

Espero que lo cobarde no sea de familia.

Calmate, le digo.

Calmame a ver.

¿Quieres ver, putita?

Me planto frente a Pacheco y noto la constelación de granos en la zona de su barbilla. Pacheco imita la mirada de Sucre: si sus ojos fueran puños, en estos momentos mi cara estaría llena de moretones.

Salas se interpone entre nosotros. Tranquilos, tranquilos, chocos. De pronto oímos unos pasos que se acercan. La tensión nos paraliza a todos.

Alguien toca la puerta del hangar. Apagamos la luz y nos escondemos detrás del avión. Una vez más, alguien llama a la puerta. Lo hace repetidas veces, primero con el puño y luego con una moneda. Esperamos durante casi media hora hasta que quien tocaba parece haberse alejado. Aprovecho la penumbra para robarle el quepí a Pacheco.

¿Quién era, carajo?, pregunta alterado.

Tiro el quepí. Mamani dice que salgamos.

Una vez fuera, nos encontramos con Pinto, una ratita de la compañía Beta a la que nadie respeta. El Sucre me ha dicho que los busque, dice. Está enojado. Tenían que presentar el nombre del equipo y la lista de sus jugadores. Dice que su nombre debe ser un equipo del Mundial.

¿Qué nos llamamos?, pregunta Aróstegui.

Alguien sugiere Alemania, pero otro dice que lo más probable es que alguien ya haya escogido ese nombre. Bolivia, dice Mamani. Cojudo de mierda, Bolivia no está jugando el Mundial.

Llegamos a la cancha y todavía no tenemos nombre. Me siento mareado, pienso en el monolito Tunupa, imagino que lo acaricio, que su contacto me da coraje. Y, con la voz más enérgica que mi garganta de diecisiete años puede modular, digo:

Nos llamaremos Chile… Qué putas.

Al final escogemos Holanda y a los quince minutos ya perdemos por seis a cero. Es lo más lógico, pues todos en mi equipo estamos chinos y los instructores juegan con las zapatillas apropiadas.

La mota que circula en mi cerebro me hace fantasear con partirle la pierna a Sucre. Imagino el sonido del hueso al quebrarse. Se le frunce la cara, su humanidad se desploma, el polvo se levanta, sus ojos miran al cielo y a esas nubes grises que son el estreno de una existencia sin trotes por las mañanas, sin patadas en el culo a sarnas perezosos, sin doggy style.

Despierto gracias a un caño del suboficial Pari. Mierda, Pacsi, dice Mamani, pon atención, pues.

Como era de esperar, ningún equipo logra vencer al de Sucre, de manera que los instructores se proclaman campeones y su premio consiste en una copa improvisada que una escuadra de la compañía Bravo ha preparado con botellas pet. Mientras recogemos nuestros morrales, el sargento Bohórquez aparece y dice que nadie puede salir del regimiento.

¡Atención!, grita. Se ha extraviado la tablet del subteniente Aldana.

Según cuenta, el aparato desapareció del morral del superior, que se encontraba en el pasto mezclado entre los morrales de los premilitares. Monos chorizos, dice Bohórquez, vayan al patio central y dejen sus cosas ahí. Nadie se va hasta que aparezca la tablet.

Aldana es un militar joven. De piel blancuzca, la cara de alguien que siempre está a punto de resfriarse. Cuando habla de su objeto extraviado, le tiemblan los labios y su expresión es la de un chico al que sus padres lo reventarán si es que se enteran de que ha perdido su aparato. Como no tiene la autoridad suficiente para hacernos temblar con sus carajeadas, mientras habla, cuchicheamos entre nosotros y nos enviamos mensajes por celular.

Después de revisar los morrales de todos los premilitares del batallón y no encontrar nada, Sucre ordena que nos organicemos entre nosotros y encontremos al ladrón.

No sé qué harán, dice Sucre, les doy una hora. Tienen una hora para hacer aparecer la tablet. Busquen en todo el regimiento. No sé. Capaz el ladrón se ha arrepentido y ha escondido el aparato debajo de alguna avioneta. Busquen, hablen entre ustedes. Comandantes de escuadra, no sean padres y háganse respetar.

La búsqueda, sin embargo, desemboca en chacota. Las escuadras se mezclan entre ellas y al poco tiempo sucede lo obvio: los más de ochocientos jóvenes de sexo masculino que conforman el batallón hacen todo por acercarse a las menos de cien premilitares de sexo femenino.

Mamani me presenta a dos chicas. Una de ellas, la de cabello

crespo y tetas neumáticas, se llama Carol; la otra, que tiene el cabello lacio y corto, tiene un nombre raro: Vida. (Resulta peculiar conocer el primer nombre de alguien en este lugar. Aquí todo el mundo es un apellido. De hecho, salvo los nombres de los nueve camaradas que conforman mi escuadra, Carol y Vida son los primeros nombres de pila que oigo en mucho tiempo.)

Sería bueno tener un poco de alcohol. O mota. Aunque, pensándolo bien, creo que no hace falta ni alcohol ni drogas. Hay chicas, y eso es suficiente para que el ambiente se anime y algunos camaradas con los que nunca hemos hablado se acerquen a nosotros. Chuquimia es uno de los más pajpakus con las mujeres. Se agarra a Carol y la convence para ir a buscar la tablet cerca de los enrejados.

Los demás luchamos por captar la atención de Vida. Ella, en tanto, nos habla con naturalidad, haciendo contacto visual con todos y a la vez con nadie. Cuenta sus planes. Sonríe.

Estudia en un colegio de Ciudad Satélite y dice que se inscribió a los prefacultativos de Arquitectura, Abajo. Cuando nos pregunta qué queremos hacer luego de graduarnos, todos dicen que entrarán al Colegio Militar. Yo guardo silencio. ¿Y tú?, pregunta, y hasta ese momento no me doy cuenta de que en menos de cinco meses dejaré el colegio y que, de pronto, ha llegado el momento de pensar en eso que los adultos llaman futuro. No me veo yendo a la universidad. Tampoco trabajando de comerciante. Pienso en todo esto mientras Vida me observa con sus ojos grandes y saltones. Dos redondos que de por sí son dos mundos, dos bocas de lobo que parecen gritar: ¡el futuro es esto, esto! A lo lejos, las tonalidades del horizonte anuncian la llegada de la noche, y esa combinación, ojos + atardecer + futuro, me revuelve el estómago y proyecta en mi mente posibles imágenes de lo que me deparará la vida: un puesto de gelatinas en la Ceja, un minibús vacío, un chofer panzón (yo) puteando contra un motociclista imprudente, la barriga de una mujer embarazada, el ceño fruncido de mi padre al enterarse de que no iré a la universidad, la gorra de Dino sobre mi cabeza, un bar de mala muerte en La Paz, un bus con destino a São Paulo.

Creo que voy a descansar un año, digo.

Podrías entrar a la escuela de sargentos. Tienes porte de militar, dice Vida.

No le digo que me ofende que me vea sólo como un sargento y no como un subteniente.

En lugar de eso, copio la estrategia de Chuquimia y le digo que vayamos a buscar la tablet a otro lugar.

Caminamos a paso lento. Sólo empezamos a conversar una vez que nos hemos alejado lo suficiente de nuestros camaradas.

Estoy emocionado por saltar en paracaídas, le digo.

Bien por vos. Lo malo es que a las chicas no nos van a dejar saltar.

¿En serio?

Sí, qué cagada.

Hablamos de la vida en la base aérea y al rato nos quedamos sin tema de conversación. El sol es una pepa roja en el horizonte. Lo miro con atención, como intentando inspirarme en su resplandor. Vida revisa el celular. Toma una foto del atardecer.

¿Tienes chico?, pregunto por preguntar.

Hemos terminado hace un mes. ¿Y vos?

Igual. He terminado hace poco.

¿La querías?

No sé qué responder: si digo que sí, quizá Vida piense que todavía hay algo entre mi exnovia ficticia y yo y se desanime cuando intente algo con ella; si digo que no, creerá que soy un insensible que nada más piensa en coger. Respondo lo que me gustaría escuchar: la he querido… pero sólo un poco.

Ella me habla del exnovio con emoción. Se llama Ismael y es nueve años mayor que ella. Se conocieron por Facebook. Él le daba me gusta a todas las fotos que ella publicaba; Vida hacía lo mismo, hasta que un día él le preguntó: ¿y si salimos en vez de laikearnos?

A ella le gustó esa osadía y se conocieron esa misma noche. Se hicieron novios a la semana.

Era lindo, dice Vida, pero tenía esposa.

La calle es ancha y polvorienta. En la acera de la derecha, un grupo de perros toma el sol con los ojos entreabiertos. Me miran pasar, me examinan; uno de ellos, el chapi con una cicatriz en el hocico, hace un ademán de querer levantarse, calcular en los belfos las dosis exactas de rabia, venir por mí. El solcito a esta hora, sin embargo, parece más importante que su instinto protector, más importante que mi capucha de gánster y el engrosado historial de atracos de esta ciudad: el perro desvía la mirada.

Paso de largo. Me detengo frente a un puesto callejero. La doña duerme y eso me tienta a agarrar un paquete de pipocas, guardarlo en el bolsillo del canguro, escapar. Estoy a punto de convertirme en un ladrón cuando una niña aparece de la nada y pregunta si hay gelatina. La mujer se despierta. Nuestras miradas se cruzan. Siento que sus ojos pueden leer lo que hay en los míos, de modo que doy media vuelta y me alejo con la sensación de que mi cara se incendia.

Las mañanas en El Alto son silenciosas, al menos en los barrios más apartados. Intento hacer lo que Dino me ha recomendado: aprovechar el sol de la mañana, sentarme en una banca y leer uno de los libros que me ha prestado. Pero no lo consigo. Sólo quiero andar, andar. Subir a un minibús, bajarme en la parada, andar otra vez. Caminar y ver si hay alguna canchita en la que necesiten a un volante con un buen remate de media distancia. Caminar y ver si hay alguna mujer que me haga olvidar a Vida y Mendoza. Dino suele decir que leer es como transportarse a lugares desconocidos. No me convence. Para qué quiero un libro si tengo pies. Para qué leer si puedo levantar la mirada, contemplar las nubes que parecen abalanzarse sobre El Alto y sorprenderme como si fuera la primera vez.

No voy al colegio desde hace una semana, que es cuando terminaron las vacaciones de invierno. Los dos primeros días pasé las mañanas con Tayson; jugamos al Warcraft durante horas y anduvimos por las calles de Villa Ingenio. Se suponía que hoy iríamos a La Paz a conocer el bosquecillo, pero su novia se enfermó y le pidió que la acompañara en casa.

Camino por Kiswaras y un perro me huele la pantorrilla. El animal es grande y sus dientes parecen garantizar la seguridad del barrio más que esos muñecos que cuelgan de los postes. Parece que va a atacarme, pero, en lugar de eso, saca la lengua y agita la cola.

Empiezo a creer que los perros no me atacan porque se han dado cuenta de que entre ellos y yo no hay mucha diferencia: ambos somos vagabundos y nuestros máximos objetivos son aprovechar los lugares con sol y encontrar una hembra con la que aparearnos.

Al día siguiente, en la avenida 6 de Marzo, un hombre parecido a mi padre desciende de un micro. Apenas lo miro, atravieso la calle y

corro a tanta velocidad que más de uno debe de pensar que me he robado algo.

¿Por qué has vuelto tan temprano?, pregunta mi hermana.

El profe nos ha dejado salir rápido porque tenía reunión con el director.

Un viernes al mediodía, entro a un restaurante en la Ceja y pido un chicharrón. Salvo por la presencia de la dueña, el lugar está vacío. Como a tanta velocidad que por poco y me atraganto con un chuño. Una vez que termino, aprovecho que la dueña está distraída y salgo de allí sin pagar. Corro tan rápido como dicen Sucre y mi papá que corren los peruanos. Cuando ya me he alejado lo suficiente, me agacho con ganas de vomitar. Las monedas que me acabo de ahorrar, y que acaricio sobre el bolsillo del pantalón, hacen que aguante.

Por lo demás, en casa nadie se da cuenta. Será por el Mundial. Brasil juega mañana contra Alemania y papá y el tío Waldo han hecho una apuesta demencial: el hermano cuyo equipo pierda deberá comprar un televisor LED para la abuela antes de la final. No es que papá esté en condiciones de cumplir su palabra, pero desde hace un tiempo él y el tío Waldo andan enzarzados en una guerra fría que ha enrarecido los ánimos en toda la familia. Esta apuesta, creo, es el modo de evitar peleas, reclamos de ebrios, venganzas tipo hacer caer del tendedero a propósito las ropas del otro o tramar planes para quedarse con la herencia completa.

El día del partido, Tayson y su padre extienden en la ventana de su departamento una bandera de Brasil. La sala está repleta. De hombres… Las mujeres preparan una fritanga en la cocina mientras escuchan Radio Chacaltaya a bajo volumen.

El tío Waldo se cuelga el rosario en el cuello y habla con Tayson en portugués. Un portugués bien brasileño, con acento de Pare de Sufrir y aspavientos incluidos. Yo miro las alineaciones en mi celular mientras espero el mensaje de Vida. Chateamos todos los días, y recibir sus emojis es lo más cercano a besar que existe en mi vida.

Para que no se repita lo que sucedió en el partido contra Chile, el tío Waldo y los invitados han puesto sus radios cancheras a máximo volumen. Un relator de voz gangosa dice que Brasil la tiene fácil.

El partido está por comenzar. ¿Te acuerdas de cuando hemos ido a ese estadio?, pregunta el tío Waldo en castellano. Mi primo frunce las cejas, como si no supiera de lo que le está hablando.

¿Acaso no te acuerdas, hijito?, insiste el tío Waldo. Hemos visto un Cruzeiro-Galo.

(Días después, Tayson me confesará que su padre dijo eso sólo para darle envidia a papá.)

El partido empieza: ni todas las radios cancheras de El Alto ni todos esos libros gordos que Dino guarda en su estante bastarían para

describir lo que presenciaré en unos minutos. Así que lo resumo: el partido acaba 7 a 1 en favor de Alemania; el tío Waldo abandona el partido diez minutos antes del final; papá apaga el televisor y por su expresión sé que es el mejor día de su vida.

Vida responde cerca de la medianoche. Por dignidad, decido contestarle sólo dentro de una hora. Pero el sueño me vence, y la pesadilla que me acosa incluye la imagen de Vida besando a Sucre y las caras de cientos de niños brasileños llorando sobre el césped del Mineirão.

Tayson no dura mucho como voceador de minibuses. Al poco tiempo, se da cuenta de que puede ganar más dinero haciendo otra cosa y busca empleo en el taller de un tío que vive en La Paz. No consigue nada y, cuando intenta recuperar su puesto de voceador, un gordo con la cara tajeada le dice que debe abonar doscientos bolivianos para unirse al sindicato.

Tayson intenta hacerle el charle a un chofer, pero aparecen un par de niños voceadores y lo amenazan con puntas.

Ya que no voy al colegio, el día se me hace largo, por lo que le propongo a Dino vender sus libros cuando él tenga clases o esté muy ocupado. Tayson, que de un tiempo a esta parte ha sabido mezclar bien su pendejez brasuca con la pendejez andina que hace millonadas en la Dieciséis, aprovecha para proponerle lo mismo: si quieres, dice, trabajo gratis los primeros días.

Dino dice que si ha emprendido este negocio es porque odia trabajar con gente que jamás entendería el valor de la palabra escrita. Pero, como nosotros somos de la raza, hará una excepción.

Entre aymaras no podemos pisarnos el poncho, dice.

Su única condición es que terminemos de leer un libro al menos cada dos semanas. Y así, un par de días después, Tayson y yo extendemos el plástico en la plaza de Ciudad Satélite, mientras nos arrepentimos de no haber traído una gorra e intentamos activar ese radar comerciante que, según Dino, todos los collas heredamos junto con la piel y la disposición para la borrachera.

Nuestro primer cliente es un barbón que luce una chamarra de cuero. Tanto acompañar a Dino en la Ceja me ha entrenado para reconocer el brillo lector en los ojos de la gente… O quizá fue la forma en la que el hombre acarició el libro, su forma de revolver entre los volúmenes que rematamos a cinco bolivianos, un modo de escudriñar que yo asocio al modo en que los hombres solos deben buscar al amor de su vida en cada mujer que se les cruza por la calle.

La cuestión es que yo sabía que el barbón se llevaría algo apenas lo vi arrodillarse para ver la mercancía. Nuestra primera venta: el hombre paga con velocidad, como si estuviera haciendo una transacción de drogas, y Tayson le pide que nos tome una foto sosteniendo el billete que acaba de alcanzarnos.

Son días –estoy seguro– que extrañaré dentro de algunos años. Tayson ha resultado ser más pornero de lo que imaginaba. Conoce páginas que ni yo ni ninguno de mis camaradas de la Fuerza Aérea sabíamos que existían. No hay día en el que no me envíe el link de un video que, a su juicio, merece una buena deslechada: esta mañana me ha mandado uno de una pareja a la que han filmado cogiendo en el mirador de Killi-Killi.

¿Tienen algún libro de Osho?, pregunta una chica de piel fantasmagórica.

No tenemos, respondo.

Son las seis de la tarde de un viernes templadito. El invierno nos ha dado una tregua y puedo darme el lujo de usar sólo una chompa. Estamos en la entrada de la UMSA y hasta el momento hemos acomodado unos diez libros. Tayson está de buen humor: su comisión de esta semana asciende a unos cuarenta pesos, lo suficiente para pagarse unas horas de alojamiento con su novia.

Dino llega a eso de las siete de la noche. Está un poco chineado y propone unas hamburguesas para celebrar nuestra habilidad colla.

¿Qué van a hacer con su comisión?, pregunta mientras enciende otro porro. (Según él, para darle más sabor a su hamburguesa.)

Me voy a ir con mi enamorada.

Yo pensé que te ibas a comprar cosas de K-pop, digo en broma.

Puede ser, dice Tayson, puede ser.

Su buena onda me asombra: hasta hace una semana, hablar de K-pop con él era motivo suficiente para que murmurara palabrotas en portuñol. Es como si toda la nube de amargura que crecía en su interior se hubiera desplazado hasta otros lugares… ¿hasta mi mente?

Dino le da una pitada al porro no sin antes percatarse de que nadie nos esté observando. Disipa el humo con la mano. Comenta: es interesante esto del K-pop. Tengo la hipótesis de que a los bolivianos les gusta esa música porque les es más fácil parecerse a sus ídolos. Digo: es más fácil ponerse maquillaje y hacerse pasar por un coreano que pintarse el pelo y fingir que se es Justin Bieber.

Tayson le saca el dedo del centro.

Dino chupa la mayonesa de la bolsa de su hamburguesa. Al final tenemos el mismo cabello que los asiáticos, dice, ojos pequeños.

Miro a Tayson y me doy cuenta de que cada día está más andino. Comparo su rostro con el de la foto de su perfil de Facebook que publicó en 2011: sus rasgos se han afilado, como si Dios, durante todos estos años, se hubiera demorado en tallar bien su rostro.

Regresamos a casa en un minibús repleto. Tayson viaja en la espaldera. Mira distraído por la ventana.

Vuelve a la realidad cuando de los parlantes sale una chicha peruana. Se trata de Yarita Lizeth; el tema: «Vasito de licor». Lo sentido de la canción parece ablandar algo en su alma. O, mejor dicho, parece abrir el candado con el que guarece su vergüenza coreana: dice que uno de sus objetivos para lo que resta del año es formar su grupo de baile K-pop.

Que quiere bailar.

Que su novia le ha presentado a un tipo que está dispuesto a enseñarle los pasos.

¿Y tú qué piensas hacer assim que termines la premilitar?, pregunta.

Quizá sea el humo de la mota de Dino, que ha encontrado el camino de llegada a mis fosas nasales. Quizá sea que estoy muy arrecho. Lo cierto es que me vale un pepino que el minibús esté en silencio y que a mi lado una doña con cara de sateliteña me mire con desconfianza, así que digo:

Mi único objetivo es tirar con la Vida Palomeque.

Pensé que te gustaba la Mendoza.

Llegamos al desvío de la Ceja. Bajamos. El frío acuchilla mis piernas. Tayson se frota las pantorrillas. Estira sus medias, que son de fútbol, sobre el botapié de su buzo deportivo.

En la parada donde esperamos el bus que nos llevará a casa, Tayson le pregunta a un borracho si puede convidarle una fumada de su pucho.

Cuando le cuento que jamás he tenido relaciones, Tayson reacciona peor que esa vez que un camarada dijo que en Brasil se comen a los monos.

Caralho, mano. Inacreditável. Tenemos que hacer algo.

Es así como, tres días después, la misión de perder mi virginidad empieza en la casa de Dino. Reggae en los parlantes y una pipa de porro conectando las salivas. Estudiantes de Ciencias Sociales hablando de los infinitos problemas de este país, perdiéndose en el humo de la marihuana y, al parecer, intentando encontrar la solución a esos problemas en cada fumada.

Tayson habla con un tipo que no para de repetirle que admira a Ronaldinho. Para zafarse, mi primo dice que no comprende bien y alterna palabras en portugués.

Todos los amigos de Dino militan en lo que él llama movimiento indianista. Ninguno puede evitar perderse en un torbellino de peroratas de media hora cada vez que les pregunto en qué consiste ese movimiento, así que siempre que alguien menciona las palabras raza o aymara intento cambiar de tema para no tener que soportar otro sermón.

Hace unos días, en esta misma casa, un amigo de Dino hizo llorar a un anteojudo cuando lo convenció de que no era mestizo, sino indio. Que era aymara, y no boliviano. El anteojudo, más marihuaneado que el resto, gimoteaba y decía: sí, soy indio, acabo de descubrirlo.

La evangelización de Dino y su pandilla parece doler a todo aquel que se declara converso. Es como un nuevo amanecer, dijo uno de los amigos de Dino: es admitir que has vivido en una mentira y despertar en lo que en realidad eres; es como nacer de nuevo.

A mí me suena a club de autoayuda, aunque debo reconocer que no me importaría fingir que creo en esa biblia llamada La revolución india siempre y cuando eso haga sonreír a la churca a la que he echado el ojo. Dino dice que ella está reservada y que en breve llegarán más chicas. Tranqui, bro, capaz alguna de ellas quiera desvirgar a un compañero de lucha.

Pasan las horas. Me aburro. Nadie habla conmigo. Estoy a punto de irme cuando un tipo con pinta de jaila grita:

¡Hola, chicocas! Bienvenidas. Se han hecho esperar.

Las dos chicas aparecen con una botella de cubalibre y una bolsita de coca que asoma por el borde de una chuspa blanca. Llegan pasada la medianoche, cuando Tayson dormita en el sillón y Dino está tan aletargado que no se da cuenta de que un tipo le acaricia la entrepierna.

Una de las chicas se acerca a mí, dice que me conoce.

Te he visto vendiendo libros en la puerta del Monoblock. Eras vos,

¿no ve?

En el monoambiente no quedan más de diez personas, la mayoría de ellas en otro mundo o relajeando con alguien a quien acaban de conocer. Como no he fumado nada, estoy demasiado consciente de todo lo que sucede alrededor, hasta el punto de darme perfecta cuenta de que, mientras la chica me habla sobre literatura y me acaricia el hombro de rato en rato, su amiga se dedica a extraer libros del estante de Dino y a guardarlos dentro de su chuspa.

¿Cómo te llamas?, le pregunto a la chica.

Katia, responde.

Es pequeña y tiene el cabello teñido con mechones azules. Cuenta una anécdota sobre una amiga suya que reprobó la misma materia cinco veces seguidas y, mientras lo hace, alterna risas escandalosas que hacen más notorio el bolo de coca dentro de su boca. Busco a su amiga con la mirada y la descubro charlando con Tayson. Ella pone cara de sueño, apoya la cabeza sobre el hombro de mi primo. Él aprovecha para rodearla con el brazo.

La chica sonríe.

Tengo que irme, dice Katia de pronto.

Busca a su amiga, la separa de mi primo. Tayson mira con resignación alejarse a las mujeres, como quien observa el bus que acaba de perder. O peor aún: como quien mira el avión en el que se aleja un ser querido.

Dino despierta y lo primero que hace es revisar sus bolsillos para ver si todo está en orden. A continuación, busca alguna botella a la que todavía le quede trago.

Tayson se sienta donde se encontraba Dino. Su cara –ahora lo comprendo– no es la del tipo que ha perdido un bus o ha visto al amor de su vida alejarse en un avión: su rostro es el de un hombre que creía que tiraría pero no va a tirar, el deseo que arde, un pene decepcionado.

Rodas dijo que cogió con Vida y todos lo creyeron. Está rasuradita, dijo. Mamani le preguntó cómo eran sus tetas.

Grandotas, respondió Rodas, parece operada.

Mamazo es, de seguro ha visto en un porno y se está inventando, dijo Chuquimia, para luego recordarnos que él se había cogido a la Crespo, la más linda de toda la base.

Mamani intervino con una seguridad perfectamente imitada de Sucre:

Y yo me la he dado a la Cristina Mollinedo.

Sólo faltaba que se pusieran a medirse las vergas, pues Mamani se apresuró en sacar su celular y mostrarnos el video de una chica que chupaba una con demasiado ahínco.

De internet es, dijo Pacheco.

Es la Dayana Páez, cojudo, dijo Mamani. Mirá su cabello. Es castaño. Mirá mis tenis.

El rancho acabó al tiro, pero la esencia de la conversación se mantuvo mientras el subteniente Aldana nos impartía una clase de Historia en el segundo patio. Pacheco dibujó una vagina en su bota. Lo hizo con rádex, y por su expresión supe que esperaba que lo felicitara o que al menos le preguntara en quién se había inspirado.

Así es la concha de mi chica, dijo. Parece un barranquito.

A la hora de la salida, Salas nos contó que unas semanas atrás había ido a un prostíbulo con Aldana y un par de antiguos. Habló emocionado. Contó que Aldana se había metido con una menor de edad y que le había pedido a Salas no decírselo a nadie. El local se ubicaba en la Doce, ese barrio poblado de prostíbulos con fachadas de edificios inocentes. Según el relato de Salas, la construcción era de tres pisos y contaba con varios cuartitos en cada uno. En la puerta de cada habitación, una puta en ropa interior se ofrecía y negociaba el precio. La de Salas costó cincuenta pesos. El precio incluyó dos poses y una chupada.

¿Y estaban limpias?, preguntó Mamani.

Más o menos, respondió Salas. Antes y después de tirar, las putas se pasan sanitizador en gel por el cuerpo. Eso es su ducha.

Recuerdo aquella charla mientras le alcanzo un libro de Victor Hugo a un chico que carga a un bebé. Son las seis y media de la tarde y, en pocos minutos, Dino saldrá de sus clases en la carrera de Sociología y recogerá los libros. Tayson no ha venido porque dijo que tenía una práctica de baile K-pop en Kiswaras. La Paz expele, vomita a sus oficinistas: abogados feos cuyos trajes sastre y zapatos negros dotan de una casi elegancia al estreno de la noche. Casi elegancia que se transforma en nula elegancia cuando uno de ellos se acerca al puesto y, en voz baja, pregunta:

¿No tendrás alguna revista de peladas?

Cómo es, loco. ¿Qué tal la venta de hoy?, pregunta Dino al llegar.

Le digo que no muy bien, que sólo he vendido dos libros.

Dino recoge la mercancía y la guarda en ese maletín grande que lleva a todos lados.

Subimos por el Prado hasta llegar a la Pérez Velasco. ¿Es por aquí?, pregunto. Nada que ver, responde Dino, esperá.

Paramos un micro con destino a Achachicala. Al subir, debemos empujar a una mujer de pollera para conseguir lugar. El micro está repleto. Viajamos de pie.

Cuando le conté de las andanzas de mi camarada Salas, Dino me miró con compasión, igual que lo hace siempre que un potencial comprador le dice que le encantan los libros de Stephen King y él debe explicarle, con toda la dulzura posible, que esos libros son mierda. Así me miró Dino. Y con esa misma dulzura me explicó que la Doce no es un lugar para un primerizo, que las putas de ahí no son confiables, boludo, yo conozco un sitio en La Paz en el que tienes seguridad por treinta luquitas.

A ese lugar vamos en ese micro repleto de polleras y oficinistas. En ese lugar espero conocer eso por lo que todos los hombres perdemos la cabeza.

Nos bajamos en una avenida bastante empinada. En las calzadas hay muchos comercios, sobre todo broasterías. A lo lejos, las luces de las laderas del oeste tiemblan como conmovidas por lo que voy a hacer.

Dino estira los brazos. Se quita la gorra. Se pasa la mano por el pelo, susurra: Achachicala, vieja amiga.

Descendemos por una gradería hasta dar con una avenida oscura.

Un perro nos ladra como demente cuando pasamos cerca de la que debe de ser la casa de sus dueños. Dino se ríe y dice que los perros de ahí no son nada en comparación a los de El Alto. El perro de aquí es tímido, dice, boca nomás es, igual que toda la gente de Abajo.

El lugar –al que Dino conoce como Las Claudinas– se ubica en una callecita en la que se asientan unas casas con paredes de calamina. Antes de tocar el timbre, Dino me pregunta si tengo goma.

¿Goma? ¿Qué es eso?

¡Condón pues, hijo, protección!

No tengo.

Dino revisa en su billetera. No halla nada.

Preocupado, me dice que busquemos una farmacia. Las chicas de Las Claudinas te pueden pasar un condón. La macana es que te los venden caros y el caficho puede hacerle un agujerito adrede y luego chantajearte para que te hagas cargo de la supuesta wawa.

Regresamos a la avenida donde bajamos del micro. Nos detenemos

frente a una farmacia. Dino me pide que entre solo y compre los de tal marca, pero algo me paraliza. Miro a lo lejos; las luces de los cerros se asemejan a unas estrellas que han caído sobre una boca negra.

Hace frío.

Tiemblo.

Somos los cuerpos que hemos acariciado, dijo una vez Dino, borracho de tanta chela y libros de Fausto Reinaga. Somos los días que le quedan a esas estrellas. Somos la nostalgia del mar, dijo uno de sus amigos indianistas. Somos todas las guerras que perdimos.

¿Estás bien?, pregunta Dino.

Como no respondo, dice que tal vez me he pasado con la mota y que mejor me lleva a mi casa.

No ir al colegio deja de ser divertido al segundo mes. Una mañana en la que Tayson y yo exploramos la Zona Sur paceña por décima vez, me doy cuenta de que las casas con tejas rojas y bardas ya no me hacen soñar que estoy en el set de una serie gringa en la que todo sale bien, y que mi primo, con su metro ochenta y ese cuerpo que bien podría dejar sin vida a una amante mal alimentada, ya no es el mismo que, hace casi un año, tocó la puerta de mi cuarto y me preguntó qué quería decir la palabra camote en un contexto amoroso. Ahora sólo viste de negro y se la pasa chateando con su novia en el celular.

También habla mal de Bolivia, lo cual es nuevo. Cuando llegó al país, decía que se sentía muy bien andar por las calles y ver que todos alrededor tenían una cara similar a la suya.

Lo que lo salva de ser una bola negra y sin alma es el modo en el que dobla las esquinas o acelera el paso cuando cruzamos la calle y el semáforo está todavía en verde: lo hace con la delicadeza de un paso de baile, como si la música coreana que escucha todo el tiempo hubiera bajado de sus orejas hasta su cuerpo y lo hubiera provisto de una cadencia que, pese al ceño fruncido de su cara, amortigua su cuerpo y suaviza sus facciones.

El Alto, por otra parte, ha salido del mapa de mis andanzas. Demasiado riesgo. Si bien nunca fui el tipo de persona al que la paranoia asalta con facilidad, la experiencia de hace unas semanas me ha dado una soberana lección de desconfianza. Cerca de la estación del Teleférico Amarillo, en Ciudad Satélite, una voz de mujer llamó mi nombre. Volteé y descubrí que era la tía Corina.

¿Qué haces aquí, hijo? ¿No tienes clases?

Le dije que el profesor nos había llevado de visita al museo Paredes Candia y que volvía a casa porque me había indispuesto.

Ay, hijo, dijo mi tía preocupada. Voy a llamarlo a tu papá.

Le dije que no se preocupara, que sólo eran los síntomas de un resfrío.

Al día siguiente, quise visitar esa legendaria cancha de césped sintético en Alto de la Alianza, pero el miedo a encontrarme con algún familiar me hizo desistir.

El Alto se había convertido en una intemperie encerrada en una celda. Fue así como decidí seguir el consejo de Tayson y hacer mis excursiones por la Zona Sur de La Paz. Dinero no me falta: las comisiones de Dino y la plata que he ganado con los libros que le he robado y revendido a ese librero del pasaje Marina Núñez me dan cierta comodidad.

¿A quién están buscando?, nos pregunta un guardia que viste un uniforme guindo.

Estamos paseando, le digo.

Propiedad privada, jóvenes, dice el guardia.

Cruzamos a la acera de enfrente. Damos unos pasos más y otro guardia, esta vez vestido de negro, nos pregunta lo mismo.

Estoy buscando la casa de Rodrigo Castañeda, respondo.

No conozco esa casa, dice el guardia. ¿Ustedes qué son? ¿Han venido a limpiar?

Tayson lo mira con unos ojos que, de ser dos rayos láser, podrían fulminar al hombre en pedacitos.

El guardia se aleja sin dejar de mirarnos de reojo.

¿Quién es Rodrigo Castañeda?, pregunta Tayson una vez que nos alejamos del guardia.

No sé, respondo. Me lo he inventado.

La mañana pasa entre silencios incómodos y las puteadas en portugués de Tayson al leer los mensajes de su novia. En una de esas le pregunto si todo anda bien. Mi primo responde que su novia es una desgraciada, filha da puta. Essa vagabunda acha que pode me fuder. Porra!

Regresamos al centro en uno de aquellos micros amarillos. Me acomodo en el primer asiento, ese que está enfrente del parabrisas. Tayson viaja parado. Una señora, antes de subir, pregunta si el micro va a Achachicala.

Sí, sí, responde el chofer.

Se me revuelve el estómago.

Cuando llegamos a la Pérez, le digo a Tayson que tengo que resolver un asunto en otra parte. Tayson murmura algo en portugués; lo interpreto como tú sí que estás loco o eres un pervertido del orto. El viaje se me hace menos largo que la última vez; quizá porque es de día y voy sentado.

Lo malo es que no recuerdo dónde nos bajamos la última vez, y el micro me lleva hasta la parada.

Servido, joven, dice el chofer.

Desde aquí, se observa la autopista hacia El Alto y el río contaminado que atraviesa La Paz. Busco Las Claudinas durante más de dos horas, pero, aunque bajo por la avenida y vuelvo a subir una y otra vez, no hallo el local. A modo de descanso, entro a un café internet y pago tres horas adelantadas de Warcraft.

El establecimiento está repleto de chicos de unos doce años. Uno de ellos, acaso aturdido porque su amigo tiene más éxito en el juego que él, grita con voz de desquiciado: ¡chino cojudo, te voy a violar, te vas a hacer violar, en serio!

Parecemos un viejo matrimonio. De esos que hacen Guerra Fría por cualquier cosa. Tayson no ha dejado de hablarme, pero a nuestras conversaciones les falta algo: chispa, perversión.

Cuida sus palabras; sabe que la génesis del pleito está ahí, en cualquier frase malinterpretada, en cada verbo: putea en portugués. Yo, por mi parte, hablo en un español collísimo, con eres que suenan como erres y alternando palabras en aymara. Hemos dejado de intercambiar links porno. Y hasta en eso nos parecemos a un matrimonio enfermo: Tayson festeja en voz alta la doble penetración anal que ha descargado anoche y yo, para devolverle los celos, pongo en el celular el video de esas rusas que usan consoladores con la forma de los sables de Star Wars y subo el volumen cuando se están por venir.

Puesto que Dino está en época de parciales, nos encargamos de la venta de los libros con más frecuencia. El tiempo ya no corre: vuela. Dentro de poco llegará el licenciamiento en la Fuerza Aérea y después la graduación, en la que por supuesto no participaré.

Tayson, además, se ha conseguido un nuevo amigo. Se trata de Iván, un estudiante de Literatura, casero del puesto. En pocos días se han hecho buenos cuates. De hecho, Iván parece haber convertido a mi primo en bolivarista: ayer noté que una camiseta celeste asomaba debajo de su canguro y la sospecha de que jamás será stronguista me zarandeó los nervios.

(Me vengaré haciéndome sãopaulino. Descargaré el escudo del club, compartiré la foto en Facebook.)

Trotamos por la avenida 6 de Marzo. Nos empujan el viento y los insultos del suboficial Sucre. Ya vamos por la séptima vuelta, y al parecer los instructores no nos pedirán detenernos hasta que vean que escupimos el alma. ¿Quieren su libreta?, dijo Sucre. Antes tienen que sudar, tienen que escupir, vomitar su alma de monos.

Como muestra de que no hay contemplaciones, ninguno de los instructores nos hace cantar esa estúpida canción con la que solían hacer más lúdicos los trotes fuera de la base. El olor de mis axilas me llega hasta las fosas nasales. El pantalón del uniforme me aprieta. Busco mentalmente un tema que me distraiga del cansancio, pero la canción de la novia boliviana se abre paso entre cumbias de Radio Chacaltaya y las rimas de Calle 13:

Yo tengo una novia.
Yo tengo una novia.
De labios rojos.
De labios rojos.
Su pelo es amarillo.

Su pelo es amarillo.
Sus ojos verdes.
Sus ojos verdes.
¿Cómo se llama?
¿Cómo se llama?
¡Se llama Bolivia!
¡Se llama Bolivia!

Cuando el suboficial Pari pide que nos detengamos, lo único en lo que puedo pensar es en que la canción es más estúpida de lo que creía: ¿cuántas bolivianas hay como la mujer de la canción?

Escupo flemas y me toco el abdomen, y es como si escupiera el último resabio de patriotismo que me queda en el cuerpo: salivo con tanta fuerza que mi escupitajo llega hasta la tricolor bordada en la manga de Chuquimia.

Nadie ve nada, por suerte.

Tan pronto como los instructores se alejan de nosotros, nos apresuramos a sacar los celulares del bolsillo lateral del pantalón. Dino, al parecer borracho, me invita a su casa. Le digo que no puedo, pero él insiste. Y, sólo cuando le escribo por tercera vez que me es imposible salir, me confiesa que está jodido, que debe cinco meses de alquiler y que la dueña de casa lo ha amenazado con desalojarlo mañana si no paga al menos un tercio de la deuda.

Estoy cagado, repite.

Pienso en Dino, en su gorra de guerrillero, en sus libros. El día que viajábamos en ese micro amarillo, me habló de sus planes para el futuro. Su sueño, el más importante, es escribir un libro que le escupa su raíz cobriza en la cara a este país, su raíz india. Tengo el sentimiento, dijo Dino, tengo todo el sentimiento de este pueblo, pero no tengo las palabras.

Luego se calmó y me dijo que antes de eso quería terminar la carrera y hacer una maestría en Inglaterra.

Y recién voy a sentirme bien, agregó. Recién voy a ser gente.

¿Y cuándo crees que va a pasar eso?

No sé, respondió. Faltan como tres años. Cuando tenga veintiocho.

El micro pasó por un bache y el rebote nos hizo saltar. Como viajábamos de pie, su cabeza impactó contra el techo.

Dino rio. Entonces me contó el resumen de una novela que había leído hacía poco. Admiré la pasión con la que me habló del libro. Luego recordé todo lo que me había dicho sobre su futuro y pensé que, para mí, los veintiocho eran la vejez.

Dino dice que hasta aquí llegamos, que su situación ha empeorado y que ya no podemos trabajar para él. Nos da a cada uno un billete de veinte y un libro de tapa dura. Lean, cojudos, dice. O mejor no. No lean, no quieran acabar como yo.

Al día siguiente, le digo a mi madre que necesito plata para un trabajo práctico y con eso logro juntar el dinero necesario para una hora en Las Claudinas. Esa noche no encuentro el local, así que vuelvo al día siguiente.

Dino ha dibujado en un papelito un croquis de la zona. Se trata de dos bloques grandes separados por lo que debe de ser una avenida. El establecimiento está marcado con un ovalo peludo, al parecer una vagina. La cuestión es que me pierdo, una vez más, y donde se supone que debieran estar Las Claudinas me encuentro con un edificio en cuyo segundo piso hay una fiesta.

Me acerco a la puerta. Un guardia conversa con un par de muchachitos de terno y corbata.

Doy una vuelta a la cuadra y no encuentro ninguna pista de Las Claudinas. A veces pienso que soñé con esa noche. Entonces meto las manos al bolsillo, empuño el papelito con el croquis de Dino y me digo a mí mismo que todo ha sido real, que mi deseo es real.

Me planto frente a la puerta de la fiesta y uno de los guardias me observa. Tengo frío. Apenas visto una chaqueta de poliéster y su cierre no funciona. Una chica con vestido rojo llega al edificio. Le muestra la invitación al guardia. Éste revisa su lista y hace un ademán de todo en orden.

Miro el celular para distraerme y, cuando levanto la vista, el otro guardia está frente a mí.

¿A quién busca?, pregunta.

A mi hermano Amílcar. He venido a recogerlo.

El guardia es un hombre de unos treinta años, un poco calvo y de facciones suaves. ¿Tienes que recogerlo?, pregunta. Ahorita están bailando. Si quieres, le digo al DJ que lo llame por el micrófono. ¿Amílcar qué?

Amílcar Ticona.

El guardia regresa al cabo de pocos minutos. Nada, dice. Cerrate tu chompa. Está haciendo frío.

Está mal el cierre.

Estos changos, che, dice el hombre. La acústica de la casa debe de ser muy mala, pues el sonido rebota en los vidrios y produce una vibración que me hace pensar en una cancha de ráquetbol. Estos changos, repite el guardia. Arqueo las cejas al reconocer la canción que sale de los parlantes y el hombre parece creer que me muero por bailar esa cumbia que dice: se nota que no me querés, se nota que sha

no hay amor, y sha no queda más que hacer, y sho me dedico al alcohol; me mira como mi madre me miró aquella vez que se compadeció de mí y me compró una pelota similar a la del Abel Huanca, el primero en el barrio en tener una Golty salonera.

Entonces me toma del brazo, me conduce hasta la puerta y me dice: entrá, aquí te estás congelando.

Todos visten de forma elegante. Si quiero pasar desapercibido, voy a tener que quedarme cerca del hombre de jean agujereado que debe de ser el tío hippie de la quinceañera.

Y es así como mis zapatillas descascaradas se mezclan con los zapatos y tacones de esa fiesta en la que se siente el humo de la mota, como mi polera pirata del Arsenal se frota con el proyecto de busto de una chiquita que me sacó a bailar y se emociona con las rimas de Daddy Yankee. Papá llama al celular varias veces; no contesto. El bufón de la fiesta hace una ronda: mis dedos se enlazan con los de mi pareja. A mi derecha, la quinceañera salta eufórica y evita tocarme las manos, acaso temerosa de que el pasposo que no trae corbata deslice los dedos por su muñeca y aproveche la ocasión para tocarle una teta. Una vez que la ronda se disuelve, el paje de la quinceañera desaparece y a ella no le queda más remedio que bailar conmigo.

Desalojamos la pista con una balada de Luis Miguel. Suelto la mano de mi pareja y aprieto fuerte el puño, como intentando almacenar en mi extremidad la suavidad de la muchacha, su blancura. De camino al baño, veo un celular abandonado en una mesa.

Tomo el teléfono sin pensarlo. Me encierro en el baño. Me muerdo el labio por los nervios mientras oigo la voz del DJ, que convoca a las damas y los pajes.

Salgo después de varios minutos, cuando todo el mundo observa el vals de la quinceañera y su padre.

No es su papá de verdad, ¿sabías? Es su padrastro, dice uno de los invitados.

Finjo que atiendo una llamada y camino a la puerta con el celular pegado al oído. Salgo del local, camino hasta la esquina y corro a toda velocidad. Me detengo cuando ya me he alejado lo suficiente del local. Me guardo el celular robado dentro de la ropa interior, temeroso de que alguien me asalte y robe el preciado botín. Un par de hombres charlan cerca de mí.

Hablan de Las Claudinas. Quiero concha, dice uno de ellos. Pero vamos donde las chicas pues, dice el otro.

Uno de los hombres, el de chamarra de cuero, saca su billetera, la abre, cuenta el dinero. Cabalito tengo, dice. El segundo hombre dice que le prestará para los pasajes de retorno, y emprenden camino mientras escuchan la chicha que sale del celular de uno de ellos.

Los sigo con cautela. Me guía la música.

La puerta es de fierro.

Observo el número descascarado mientras pienso en las palabras que usaré para preguntar si hay chicas disponibles. ¿Existirá alguna frase clave, un saludo secreto, una forma disimulada de decir que quiero sexo sin usar las palabras con pe: prostitutas, pagar, precio?

Me abre la puerta una niña de unos doce años. Estoy a punto de dar media vuelta y correr, cuando ella dice:

¿Chicas, no?

Asiento con la cabeza.

Subimos por unas gradas sin baranda. La luz es escasa, así que la niña tiene que iluminar el suelo con la linterna de su celular.

Nos detenemos en lo que debe de ser el cuarto piso. Aquí sí hay luz, de modo que ambos podemos ver los rostros del otro.

¿Cuántos años tienes?, pregunta.

Diecinueve, miento.

¿Tienes carnet?

No.

Sin carnet son diez pesos más.

Entramos a una habitación iluminada con focos de tonalidades rojas. Se acerca una señora de cabello corto. Un olor fuerte me invade las fosas nasales, y no sé si es el perfume de la mujer o el ambientador con el que han rociado el cuarto.

Ojo, dice, todas las chicas tienen certificado médico.

Si quieres te mostramos, agrega la niña.

En vista de que no respondo, la mujer me explica cómo funciona el asunto: hay seis chicas disponibles (una cholita, enfatiza) y el consumo mínimo es de quince minutos. La hora sale a sesenta si se trata de una chica de vestido, y cuarenta, si se trata de la cholita.

Si sólo quieres ver, dice la mujer, son cinco bolivianitos la presentación. Claro, si hay alguna chicoca que te guste le aumentas a modo de agradecimiento.

Ya.

¿Cholitas o de vestido?, pregunta la mujer.

De vestido, respondo, lo cual es irónico, pues las cuatro chicas que aparecerán en unos segundos estarán cubiertas apenas por el sostén y unas bragas diminutas.

¡Presentación!, dice la señora, y las chicas emergen de un cuarto cubierto sólo por una cortina.

Las muchachas desfilan frente a mí mientras me sonríen y saludan con la mano. El nerviosismo me impide retener los nombres: cuando la mujer me pregunta a cuál elijo, sólo atino a decir aquélla, y señalo con el dedo. ¿La chinita?, pregunta la señora. Se llama Esbenka.

Abro la billetera con la mano temblorosa.

Tranquilo, dice la mujer. Las chicas aquí saben tratar con cariño.

Esbenka pregunta si todo está listo. ¿Tienes protección, amorcito? Respondo que no. La niña se apresura en sacar un preservativo del bolsillo de su chaqueta. Cinco bolivianos tienes que aumentar.

Esbenka me toma de la mano. El contacto con su piel me estremece de tal forma que, en vez de relajarme, me siento más nervioso.

Me conduce a la habitación.

¿Tu primera vez aquí, amorcito?, pregunta.

Una vez ya he venido.

Miento.

El cuarto es diminuto. La cama no es una cama; en realidad, sólo se trata de dos colchones dispuestos uno sobre otro. En las paredes hay fotos de mujeres con pechos gigantescos.

Como en el relato de Salas, la chica se pasa sanitizador en gel por todo el cuerpo.

Me toma de los hombros. La agarro de la cintura. Cuando quiero besarla, dice: nada de besos, nada de mordidas, tienes derecho a dos poses.

Se postra en la cama. Mira al techo. Los focos propagan una luz similar a la de varias velas encendidas. Me siento como en el altar de una iglesia, enfrente del retrato de una santa.

Lo virginal, en este caso, no está en una mujer.

Esbenka es alta. Tiene el cabello negro, la cara ovalada y los ojos achinados. Su piel luce perfecta, aunque cuando miro bien descubro unos hematomas leves en la región del hombro.

Su voz es suave, de una dulzura algo exagerada. Siempre que se dirige a mí me llama amorcito. Eso me excita, aunque pensar que de seguro le habló de esa forma a uno de esos hombres a los que seguí para llegar hasta aquí baja mi erección y me llena el corazón de celos.

Me quito la ropa. Por precaución, escondo los celulares y la billetera en el interior de mis zapatos.

Ven a la cama, amorcito.

Obedezco.

Esbenka nota que mi verga está flácida. Con una voz aún más apacible, pregunta:

¿Estás nervioso, amor?

Un poco.

Relajate. Contame. ¿Qué estás estudiando?

Le digo que estudio Sociología y ella pregunta para qué sirve esa carrera. Quisiera, como Dino, responder: sirve para que no hagas preguntas tan cojudas. Pero sé que no es apropiado y balbuceo cualquier tontería. El frío me hace temblar. Esbenka lo nota y nos cubre con una frazada.

¿Tú qué estudias?, pregunto.

Lingüística e idiomas, pero no me gusta. Quiero ahorrar y estudiar hotelería.

Entonces me habla sobre música. De su boca salen nombres de bandas de rock alternativo que cantan en inglés y, por un momento, siento que la mujer que yace a mi lado es Vida.

Esbenka jala la frazada y la aparta de nuestros cuerpos. Me da la espalda, me muestra su trasero.

Pregunta si me gusta lo que estoy viendo.

Me encanta.

Vuelve la cara hacia mí: sus ojos achinados son lo más profundo que he visto en mi vida. Más profundos que ese barranco de La Paz en el que papá cuenta que se cayó una vez que bebió mucho; más profundo que los ojos de Vida; más que esos vasos largos que Dino tiene en su casa y sólo usa cuando hay invitadas especiales; más que los ríos del pueblo de mi abuelo, en los que los niños, pese al frío, chapoteaban con los pies descalzos.

Esbenka ve mi miembro erecto. Como si detectara mi inexperiencia en el asunto, quita el envoltorio del producto y acomoda el látex en mi pene.

Amorcito, dice, ponte encima de mí.

Esbenka mira al techo.

Abre las piernas.

Siempre me preguntaré por qué no escogí a la cholita.

Paseo por los alrededores de mi colegio. Excolegio, si hablamos con propiedad. En poco tiempo sonará el timbre y los estudiantes emergerán como murciélagos que se entregan a la noche. Ya siento sus risas, sus correteos. Sus oye, cojudo, ¿un dota?, te vas a hacer violar.

El sol está agradable: inclino la cara al cielo para sentir más calor.

Compro una gelatina en bolsita. Me detengo frente a la puerta del colegio, me siento en la baranda. Muerdo la punta del plástico y succiono el contenido de manera que la gelatina roce mis labios.

Es algo que suelo hacer para que mis labios luzcan más rojos, más atractivos. Quiero que mis excompañeras vean el cambio.

Toda mi vida he esperado el timbre para ser el primero en huir a casa. Ahora espero frente a la puerta, sin miedo a nada: como si el azul de las chompas de los estudiantes fuera el mar, un mar en el que me zambulliré apenas toque el timbre, como si mis brazos fueran los del mejor nadador.

Las cosas en la base aérea no podían ir peor: un camarada que estudia en mi curso propagó el rumor de que no voy al colegio desde hace dos meses. El chisme llegó a los oídos de Sucre: justo el sábado en el que olvidé rasurar esos pelitos que crecen al borde de mi cara.

Mono vago, ahora sí vas a cagar.

Ordenó que hiciera cincuenta flexiones y luego me pidió que recogiera toda la basura que se acumulaba en los pastizales que están cerca de los enrejados. Cumplí con mi trabajo a media máquina porque sabía que Sucre nunca caminaría hasta ahí para comprobar si había limpiado bien. Me sorprendió encontrar mensajes de amor en los enrejados que separan la base aérea de la calle. Alguien había cortado papel brillante en forma de rombos y los había apegado de tal forma que cubrieran los agujeros del enrejado. Los mensajes sólo se veían a una distancia específica. El que más me sorprendió fue uno que decía:

TE AMO MI VICUÑA.

Cuando volví a filas, Sucre notó que a mi blusa le faltaba un botón y me dijo que tenía diez minutos para coser uno nuevo. Parece que se olvida de mí, pero tres días después encuentra una nueva forma de joderme: hago fila para entregar unos documentos necesarios para el licenciamiento cuando reparo en que él y Vida ríen a pocos metros de mí.

Es martes. Ya que no es un día de instrucción, todos visten con ropa casual. Resulta interesante ver cómo un jean o un par de tenis colorean el patio. También sirven para ver quién es más pobre que quién y, obvio, conocer el cuerpo de las damas premilitares.

Vida viste un jean negro con un agujero en la rodilla y una chamarra grande, de hombre. Su pinta es la de una rockerita a la que no le da la plata para vestir como desearía. Lleva un flequillo que le cubre parte de la frente. Cuando ríe, Sucre le toca el codo y ella se acaricia el pelo.

Faltan dos sábados para el licenciamiento. Según los antiguos, Evo estará en el acto y por eso todo debe estar impecable. Ya imagino a los instructores obligando a los sarnitas a lavar la wiphala.

En casa todos están emocionados con el licenciamiento. En los almuerzos de la familia, papá no pierde la oportunidad de recordarle al tío Waldo que la vida militar es para machos, que él fue el único de sus hermanos que sí fue al cuartel y que, al parecer, de tal palo tal astilla.

El tío Waldo se defiende hablando de Brasil, Brasil, Brasil.

Papá remata: harto negro debe de haber allá, ¿no?

Entro a la oficina donde un antiguo recibe los documentos. ¿Pacsi?, pregunta. ¿Hermano del desertor?

No respondo.

Tu foto tiene que ser cuatro por cuatro. Esta foto es cuatro por tres y medio.

Le he preguntado a la de las fotos y me ha dicho que está bien, digo.

¿Me estás respondiendo?, se altera. ¡Ya, arrestado!

Calmate, calmate, interviene un militar al que no conozco. A ver, andate a hacer sacar otra foto y vuelves mañana a primera hora. Cuatro por cuatro. No te olvides. Anotate en tu mano.

Salgo de la base aérea de mal humor. En eso oigo mi nombre. Volteo: es Vida.

¡Hola!

Hola.

Le cuento lo de la foto. Vida hace una mueca graciosa y dice que eso me pasa por no saber usar la regla.

¿Cómo voy a usar una regla? No llevo mi estuche a todos lados.

Estoy jugando, animal.

¿Estás feliz por el licenciamiento?

Sí, mucho. ¿Vos?

Un poco. Lo bueno es que el cabello me va a crecer de nuevo.

Me acaricia la nuca. Palpa el espesor.

Ya está creciendo, dice. Va a ser bonito ver qué peinado usas. ¿También estás emocionado por la graduación del colegio?

Su pregunta me eriza los nervios. (Cómo me gustaría contarle todo, abrir la boca y dejar que todo esto que me revuelve el corazón salga y se esparza por todo El Alto: sería como sacar la basura, y el viento del final del invierno empujaría mis sentimientos-basura, los alejaría de mí y los dejaría a disposición de cualquier pendejito al que le sobrara la buena suerte.)

Acompaño a Vida hasta la Ceja. Antes de subir al minibús, me pregunta qué opino de la nueva canción de tal banda. Digo que me parece buena, que es una de las mejores que he escuchado, y sé que Vida sonreirá y me mirará con esos ojos que parecen en eterno eclipse, sin sospechar que justo anoche espié su perfil de Facebook y vi que había publicado el video de esa canción.

Y lo hace.

Amo esa banda. ¿Tienes Face?, me pregunta sonriente. Nunca nos hemos agregado. ¿Con qué nombre estás?

Estoy a punto de abrir la boca, pero entonces aparece el minibús que la llevará a casa. Extiende la mano para que el coche se detenga. Se despide con un beso veloz en la mejilla.

Desde el asiento que está al lado de la ventanilla, Vida me dice con señas que me escribirá después.

El tío Casimiro vierte la cerveza en el vaso y papá dice que su hijo saltará en paracaídas.

No estoy ahí, no lo escucho, pero es fácil imaginarlo: hace un par de meses, antes de que empezaran las vacaciones invernales, le conté a papá que Sucre había prometido que los mejores en la revista saltarían en paracaídas desde un helicóptero. Papá se emocionó tanto que esa misma noche lo sorprendí viendo en YouTube videos de soldados de la Segunda Guerra Mundial saltando desde helicópteros artillados.

Pucha, che, dijo casi lagrimeando, así vas a estar, hijo. Ahora sí, una guerrita con los chilenos no estaría mal.

Lo que no sabe es que nunca saltaré, pues no he superado la prueba de oro. El pasado sábado, un dragoneante seleccionó a dos premilitares de cada escuadra y los reunió en esa área donde los conscriptos pasan instrucción. Era un lugar nuevo para nosotros: la vida de los soldados es la vida de la subordinación total, algo que desearía experimentar (pues nos han dicho que ése es un requisito primordial para ser patriotas de verdad, hombres), pero también algo que me repugna: dicen que uno entra al cuartel siendo niño y sale hecho un hombre; yo creo que uno entra siendo humano y sale convertido en animal de carga.

Lo cierto es que se respiraba un aire diferente, como si los jadeos de los soldados explotados hubieran enrarecido el ambiente y nuestras narices no fueran capaces de adaptarse al nuevo oxígeno.

Ya, monos, dijo el sargento Bohórquez, ahora sí van a parir. Aquí no hay derechos humanos.

La rutina de ejercicios fue brutal. Bastará con decir que un camarada de la compañía Bravo se cansó tanto que, mientras los otros hacíamos flexiones, se tumbó en el suelo y dijo que ya no daba más: quiero la baja, quiero la baja.

Bohórquez ordenó que camináramos hasta la zona más alejada de la base aérea. Dos construcciones viejas de tres pisos cada una se erigían frente a nosotros. El viento soplaba igual que aquella mañana en la que Tayson solicitó la baja. Bohórquez lucía un bigotito que le daba más estilo y, por lo tanto, más autoridad. Estaba de buen humor: se decía que andaba de novio con una dama premilitar y que eso había resuelto sus problemas de ira.

Nada más alejado de la realidad:

Ahora así, dijo Bohórquez, aquí vamos a conocer a los más tigres.

Ordenó que formáramos una fila de acuerdo al tamaño. El primero era yo.

¡Pacsi!, gritó Sucre. Dar dos pasos adelante.

Obedecí.

Vas hasta el techo de ese edificio, dijo. Entras por la puerta trasera, subes las gradas, hasta llegar a la terraza. Ahí te cuadras como te hemos enseñado en la revista. Luego gritas «Viva Bolivia» y saltas. Si puedes con eso, vas a poder saltar desde todos los helicópteros del mundo.

Como no dije nada, Bohórquez intervino:

¿Entendido, Pacsi?

¡Entendido, mi sargento!

Mientras subía las gradas, me dije que a lo mejor al pie del edificio había alguna colchoneta o algo parecido. Sin embargo, una vez que llegué a la terraza, miré hacia abajo y reparé en que lo que me esperaba era la tierra moteada por pequeños fragmentos de césped.

¡Salte!, gritó Bohórquez.

Como no me movía, Bohórquez y Sucre gritaron juntos. Mis camaradas se unieron al griterío al instante. Durante una fracción de segundo, se me pasó por la cabeza la posibilidad de saltar. Pensé en la graduación en la que no participaría: si papá me viera saltar de paracaídas, es probable que la vergüenza de tener un hijo sin diploma de bachiller rebaje.

Ya lo imaginaba en las chupas con sus amigos. Tu hijo se ha tirado, es un burro, le diría alguien, y papá, el pucho entre los labios, le diría que su hijo no era bachiller pero que era macho por haberse atrevido a saltar desde un helicóptero, ¿qué ha hecho tu wawa?

Sudé frío. Una gota de transpiración descendió desde el interior del quepí y se me resbaló por toda la cara.

Me llegó a la quijada.

Cayó hasta el pie del edificio.

Luego de un par de minutos de silencio sepulcral, Sucre me dijo que bajara. El viento de El Alto soplaba con fuerza. Bajé despacio. A mitad del camino, me topé con un camarada que se persignaba mientras subía a toda prisa. Agarrá mi celu, dijo al tiempo que extraía el teléfono del bolsillo de la blusa. Si me pasa algo, llamas al contacto que dice «Marianita mi amor».

Los familiares que viven en el extranjero han llegado a El Alto para celebrar el cumpleaños de la abuela. Prolongarán su visita hasta el día del licenciamiento. La abuela está emocionada: no sólo tiene reunidos a todos sus hijos después de mucho tiempo, sino que también recibirá una cocina nueva de regalo. Se supone que sería una sorpresa, pero Lucas, mi sobrino, ha encontrado el presente en el cuarto de mi hermana y se lo ha contado a la abuela.

La mesa está compuesta por quince personas, todas adultas y de expresiones o timoratas o burlonas. Nada de puntos medios: a un lado de la mesa, están los familiares que se han buscado la vida allá donde las pieles son distintas; al otro, aquellos cuyos pies jamás han pasado de Arani, el pueblo natal de la abuela.

Me acomodo en una silla y mi mamá, de inmediato, ordena que me levante. La tía Corina dice sentate nomás, hijito, mayor creo que eres. De pronto se arma una discusión sobre si Tayson y yo debemos acompañar a los adultos en la mesa grande o sentarnos en la pequeña, aquella destinada a los niños, el tío abuelo retardado y las madres solteras.

Tan grandes ya están estos chicos, dice la tía Zulma, en poco tiempo van a estar formando su familia.

Siéntense, hijos, siéntense, dice la abuela mientras se levanta de su silla. Sentate en mi silla.

Se pierde en la cocina y, al regresar, aparece con un banquito. Lo acomoda cerca de la mesa grande y se sienta en él. El tío Waldo le alcanza su plato de comida. Nadie le pide que regrese a la mesa.

Los hermanos Pacsi son siete en total: cinco hombres, dos mujeres. Cuatro de ellos viven o han vivido en el extranjero: el tío Waldo, el tío Casimiro, el tío Buenaventura y el tío Yojan. Si pensaba que la historia de la familia de Tayson era la única interesante estaba muy equivocado.

LA HISTORIA DEL TÍO CASIMIRO

El tío Casimiro vive en el norte de Chile. Según cuenta, no se separa de su revolver ni un segundo. Mientras lo dice, se da palmaditas en la cintura en señal de que lo porta. Su cara es la de alguien que fue muy pobre alguna vez y cuyas expresiones nunca pudieron abandonar ese aire de pobreza. Hoy viste una camiseta polo blanquísima y una chaqueta Adidas; sus mejillas abultadas, así como la panza que esconde su otra panza, dan muestras de una prosperidad insultante. Pero algo en sus gestos revela su escasez primigenia: la velocidad con la que come el chuño de su thimpu, quizá. Se fue a Iquique a trabajar de albañil cuando tenía veintiún años. Ahí conoció

a una mujer, una peruana que lo introdujo en el mundo de las importaciones, y eso cambió su vida. Desde que era niño, su nombre siempre estuvo asociado a los electrodomésticos de la cocina, en especial a aquella lavadora –la primera de la familia– que llegó como regalo para mi abuela en la navidad del 2011. Contrabandista, ésa es la palabra que mi papá se encargó de definir para mí una tarde en la que le pedí que me explicara por qué mi tío tenía más dinero que nosotros. Tu tío Casimiro es contrabandista, dijo papá, mete cosas a escondidas al país, no paga impuestos, no es ratero, pero se parece mucho. Para mí, el tío Casimiro fue durante mucho tiempo el tío de los electrodomésticos (de hecho, hubo una época en la que creí que Tío Casimiro era el nombre de una marca de refrigeradores), hasta ayer, cuando nos contó a mis primos y a mí que una vez había intercambiado tiros con policías desde un camión en movimiento. Esos maleantes quieren aprovecharse de nuestro trabajo, dijo, pero no van a poder más: hemos conocido a una familia en un pueblo de la frontera, ellos van a guardar nuestros televisores. El impuesto es robo, dice, mientras el chuño se deshace en su boca.

Yo me muero por preguntarle si importa playstations.

LA HISTORIA DEL TÍO BUENAVENTURA

Emigró a Buenos Aires con apenas diecisiete años. Escapó con una novia mayor que él y madre de una niña de dos años. Como tantos bolivianos, trabajaron en un taller de costura a cambio de migajas. Sin duda es el tío más querido de todos los primos, debido a que volvía a Bolivia con regalos cada diciembre y era un experto en contar chistes para adultos. Su picardía argentina lo hacía un buen interlocutor en las llamadas que hacía al teléfono de la abuela, y todavía me acuerdo de que siempre que llamaba borracho acercaba el auricular a lo que debía ser un parlante y nos hacía escuchar la misma canción sobre un migrante que sólo soñaba con volver. (Ahora sé que la canción era «Añoranzas», de David Castro.) En Buenos Aires tuvo dos hijos; se mudó a Ushuaia en 2010, año en el que se separó de su mujer. Dice que es de River y que su primogénito quiso lanzarse a las vías del tren cuando el equipo descendió. Siempre que habla de fútbol, el tío Waldo lo interrumpe para decirle que Brasil tiene cinco copas y que Argentina ganó una de las suyas gracias a un drogadicto. El tío Casimiro le recuerda el gol de Caniggia en Italia 90.

Érica, mi hermana, lo aborrece. Dice que cuando éramos pequeños él nos tocaba donde no debía tocarnos. Siempre que mi tío viene de visita, Érica procura que su hijo no salga de su cuarto.

LA HISTORIA DEL TÍO YOJAN

Finalmente, está el tío Yojan. Es el más joven de los hermanos y emigró recién el 2010, cuando tenía veinticinco años. Se dejó seducir por uno de esos anuncios del periódico en los que se ofrecen buenos trabajos en Brasil. Su historia parece sacada de esos reportajes sobre migrantes explotados que aparecen de cuando en cuando en la televisión brasileña: durante sus primeros seis meses en São Paulo, sólo vio la luz del día cinco veces. El hombre que lo había llevado hasta allá –un camba parecido a Roberto Carlos, según su relato– le dijo que la policía lo metería a la cárcel si descubría que trabajaba sin portar la documentación necesaria. Nadie en la familia se compadeció de él al enterarse de su situación: la abuela porque el tío Yojan se había ido sin avisar a nadie; el tío Waldo por ser tan boludo y no haberlo contactado; mi papá por envidioso. Regresó a Bolivia dos años después. Entonces conoció a una mujer. Ella lo convenció para migrar a Inglaterra; para ello, consiguieron el contacto de un argentino experto en trámites de migración. En el trajín de los papeleos, el tío Yojan y su novia tuvieron una hija: Zulma. Todo hacía pensar que el viaje a Inglaterra tendría que posponerse debido al nuevo miembro de la familia, pero la novia del tío Yojan dijo que no estaba dispuesta a cambiar los planes. A cambio de un par de miles de dólares, el tramitador le consiguió a la mujer un trabajo de camarera en Leeds. Además, le consiguió una visa de estudiante y un vuelo de cinco escalas a buen precio. La idea era que el tío Yojan la alcanzara en un par de meses, una vez que ella se asentara allá y él pudiera reunir el dinero para que el tramitador gestionara su viaje. Mientras tanto, la bebé se quedaría en nuestra casa, al cuidado de mi abuela. El tío Yojan partió a Inglaterra una mañana fría de agosto. Regresó de allí esa misma tarde: eso es lo que le hizo creer a la abuela, que hasta hoy piensa que nadie estafó al tío Yojan, que nadie le hizo creer que tenía un vuelo reservado en BoA, y que la distancia entre Leeds y El Alto es la que existe entre Oruro y La Paz. Hoy el tío Yojan ayuda al tío Casimiro en las importaciones. Vive entre Iquique y Bolivia, y ni él ni su hija volvieron a ver a la mujer.

Frente a ellos, mi padre es un hombre sin historias. Cuando el tío Waldo frunce el entrecejo, las líneas de su frente parecen trazar un mapa; cada arruga es un camino, y esa imagen me hace pensar que mi cara es como un mapamundi sin líneas, sin división territorial: debo invadir o alguien me invadirá, sólo así tendré mis propias historias.

Para no sentirse tan ajeno a la charla, mi papá habla de sus días en el Regimiento de Artillería Antiaérea Bilbao Rioja, en Viacha. Pero hasta en eso sus hermanos lo hacen sentir menos.

¿Crees que es difícil?, pregunta el tío Casimiro. A cuántos policías de la aduana habré disparado desde mi camión. ¿Sabes manejar un

arma? ¿A quién has disparado vos? ¿Acaso has ido a la guerra?

Como si tuviera alas. Como si no pesara. Cuando Tayson baila, los kilos de su cuerpo parecen abandonarlo. De ser una bola de grasa pasa a ser una bola de helio, y por un instante me da la impresión de que tanta cadencia lo hará volar por los aires.

Que me lleve, pienso, que me deje colgar de uno de sus zapatos y me traslade hasta su amada Corea.

Lo acompañan dos chicas. Una es Araceli, su novia; la otra es una muchacha de unos quince años que luce una camisa roja a cuadros y un jean negro. Si Tayson es una bola de helio, las chicas son plumas. Un par de hombres con gorra se acerca a observar la coreografía.

La canción es pegajosa. En el coro la cantante dice algo así como «You love me», y la chica de la camisa a cuadros brinca con sutileza. Araceli, a diferencia de sus compañeros, es torpe con los pasos. Los hombres de gorra hablan de eso y uno de ellos dice: pero igual está rica.

Gaviotas rondando sobre nuestras cabezas. El viento arrastrando el polvo. Mirá a ese gordo, dice uno de los hombres, bien feo, ¿no? El otro dice sí, qué gordo tan feo, al pisar debe hacer terremoto.

Un grupo de perros se disputa los deshechos del basural que se ubica a no más de quince metros. El viento sopla tan fuerte que, al otro lado de la avenida, la tierra se levanta de tal forma que avanza hacia el sur similar a un torbellino.

La gorra de uno de los hombres vuela. Un paquete vacío de galletas llega hasta los pies de Araceli.

Es esto. Lo que Tayson ama es esto: la música, los pasos, el tenis que se posa en la tierra como una hoja que cae sobre un charco. Tayson dice que no le importa ni el colegio, ni conseguir un trabajo, ni sus antiguas fantasías de irse a vivir a Río de Janeiro. Lo que él quiere es bailar.

Quiero esto, me dijo una tarde en la que me invitó a su cuarto a ver videos de EXO en su computadora.

Luego me contó que Araceli se acostaba con un primo suyo. Uno mayor, de casi treinta años. Me lo dijo sin el menor signo de celos o vergüenza: al contrario, después de contarme los detalles de esa extraña relación, me dijo que la amaba y que algún día se casaría con ella.

Es una mierda, mas a vida é assim.

También me habló de un concurso en Argentina. En marzo del año que viene, se celebrará un certamen en Buenos Aires que reunirá a los mejores grupos de baile de música K-pop de América Latina. Entre ellos estará el representante de Bolivia. El ganador viajará a Seúl, donde rivalizarán grupos de todo el mundo. Gracias a los contactos de Araceli, Tayson ha logrado que su trío pueda participar en la

competición zonal, cuyo premio es medirse con los mejores de La Paz y El Alto. De alcanzar una de las tres primeras posiciones, participarán en el concurso nacional, que a su vez otorga un cupo para competir en Argentina con los mejores del continente.

Pero no sólo es saber bailar, dijo mi primo. También debemos parecernos a los cantantes.

Lo noto recién ahora: Tayson luce menos moreno de lo normal. Me pregunto si compró su propio maquillaje, lo pidió a prestado su novia o lo tomó del tocador de la tía Corina.

La canción acaba cuando el ventarrón hace volar la gorra del segundo hombre y desordena por completo el flequillo de Tayson.

Le escribo a Dino, pero nunca responde. Husmeo en su Facebook; lo único que encuentro son libros en PDF compartidos y memes en contra de Evo Morales.

El licenciamiento se ha pospuesto. Sucre nos ha dicho que ha habido cambios en los altos mandos debido a las elecciones que se avecinan y que la orden para el nuevo escalafón se va a demorar. Pasamos las mañanas de los sábados trotando y recogiendo la basura de los pastizales. Los instructores también están cansados de nosotros, así que nos sueltan a eso de la una y se hacen de la vista gorda cuando descubren que una de nuestras patillas luce más larga de lo permitido.

Los familiares que han venido de otros países me preguntan cuándo me voy a licenciar. Les digo que no sé, que todo es culpa de Evo.

Un domingo, Roger, un compañero de curso al que mi familia conoce desde la infancia, pasa frente a mi casa con un traje de pujllay. ¿Por qué no has bailado?, pregunta mi hermana, que mira a Roger desde la terraza. Dejo de colgar las ropas en el tendedero para observar a mi excompañero. Las espuelas de sus zancos retumban en la calle vacía.

Han bailado los que querían recuperar nota, explico.

Esa noche, le escribo a Dino y me responde con el emoji de un diablito. Entro a Facebook y lo primero que aparece en mi sección de noticias es un video en el que sale mi amigo.

Una bandera tricolor arde en un cuarto de adobe. El humo no deja ver bien las caras del que sostiene la bandera de una punta y del que aplaude y grita como un demente, pero al tiro reconozco que la gorra es de Dino. En la pared cuelga una wiphala.

Me pongo los audífonos para escuchar mejor.

Eso, quemate, cabrona, dice el compañero de Dino.

Mucha gente se indigna en los comentarios. Alguien dice que sabe dónde viven y que los agarrará a palos.

No me molesta lo que hacen, aunque sé que Dino piensa que soy la persona más patriota de este país sólo porque voy a la Fuerza Aérea y me sé de memoria todas las estrofas del himno nacional.

Consigo hablar con él a los tres días. No es que lo haya buscado, sino que vine a Satélite para encontrarme con Vida, pero ella canceló el encuentro diez minutos antes de la hora pactada.

Estoy en el tobogán, escribo.

Dino me pide que lo espere ahí.

Ha pasado casi un mes desde la última vez que lo vi. El cambio es notable. Está más flaco, más encorvado. Su ropa es la misma, pero parece nueva porque la chaqueta de cuero que siempre usa le baila un poco y la cabeza parece habérsele reducido de tamaño.

Me da un abrazo. Se quita la gorra.

Mirá.

Tiene la cabeza rapada y, antes de que pueda hacer una pregunta, dice que tuvo que vender su cabello a un peluquero para cenar una noche. No me arrepiento, agrega, he comido una salchi y me he comprado una latita de chela.

Ahora vive en la casa de un compañero de la universidad, en Rosaspampa. Mañana empezará un trabajo como cobrador en un mingitorio municipal. El puesto se lo ha conseguido un amigo que trabaja en la alcaldía.

¿Y vos, amigo Pacsi, qué me cuentas?

Tenía que licenciarme el anterior sábado, pero nada. No hay orden de los altos mandos y vamos a tener que esperar.

Qué cagada. ¿Y qué es de tu chica?

¿Cuál chica?

Esa Vida, la que te gustaba.

No le digo que me acaba de dejar plantado. En lugar de eso, le cuento mi experiencia en Las Claudinas. Dino asiente con la cabeza cada vez que escucha un detalle interesante. Termino mi relato y él, con una sonrisa cómplice, dice:

Yo también he tirado con la Esbenka. Es demasiado rica.

Lo acompaño hasta su casa y al llegar a la puerta me invita a pasar. Sentado en un sofá, nos recibe su compañero de departamento.

Nos saludamos.

La sala es grande y está desordenada. Libros desparramados en el suelo. Olor a medias sucias. Ningún televisor. Pensé que beberíamos o que por lo menos fumaríamos medio porro, pero, en vez de eso, Dino aparece con una jarrita de refresco hervido y tres vasos.

Mataría por un poco de mota. ¿Tienes?, pregunta.

Le respondo que mi proveedor era él.

Sin drogas ni alcohol, Dino puede ser tan aburrido como yo. El único dispuesto a romper el silencio es su amigo, Felixberto, quien, sin dejar de mirar el celular, me pregunta qué estudiaré al salir del colegio.

Alguna ingeniería, digo por decir.

Entonces empezamos a hablar de la base aérea y la cara de Felixberto resplandece cuando evoca su experiencia en el cuartel. Abandona la sala por unos instantes. Al volver, aparece con un fusil máuser.

Dice que sustrajo el arma durante una revista. La hazaña le costó un amigo: un camarada lo vio guardar el fusil en su petaca de madera y a Felixberto no le quedó más remedio que molerlo a palos durante un mes entero para que no hablara. En mi comunidad era una vergüenza no volver con fusil, cuenta. Eso te daba honor. El día del

licenciamiento, si mostrabas tu arma, hartas chicas se acercaban.

Agarro el fusil con una mezcla de repulsión y entusiasmo. La mano me tiembla: Felixberto lo nota y dice que soy un padre. ¿Y así te vas a licenciar? Yo que vos, pido de una vez la baja.

A Dino no le agrada nada nuestra charla. Hasta ese momento no me doy cuenta de que mi amigo y Felixberto sólo han hablado entre ellos para presentarme. Me pregunto qué habrá pensado su compañero al ver el video de la quema de la bandera.

Una vez que Felixberto entra a la cocina para preparar algo, Dino se pone a hablar mal de él.

Es un fascista, susurra.

Luego me habla de las elecciones que se celebran en unos días. Me emputan todos. ¿Vos ya votas?

Niego con la cabeza.

Dino está con ganas de hablar de política, se nota. O, mejor dicho, está con ganas de hacer un monólogo como esos que solía hacer cuando había invitados en su casa y todo el mundo lo escuchaba con atención, incluidos Tayson y yo. Dice que ha escrito el primer capítulo de su libro. Será una novela, cuenta, y no hay hora del día en la que no piense en ella. Es como si mi existencia girara en torno al libro, agrega. Respiro para la novela, por la novela. Es como si yo fuera un agonizante y el libro ese tubito por el que los enfermos respiran en las películas. Tengo sorojchi y escribir es mi tanque de oxígeno. Espero que salga algo bueno.

Felixberto regresa con un plato grande de silpancho acompañado de ensalada. Vamos a compartir, dice.

Dino se quita la gorra de guerrillero para comer. Su corte de pelo me hace pensar en un niño con cáncer.

Domingo de elecciones. Mi hermana, mi sobrino y yo vamos en bicicleta al recinto donde ella vota. Es la primera vez que hago algo en familia en mucho tiempo. Se siente bien.

¿Por quién vas a votar?, pregunto.

No sé. Creo que voy a hacer un dibujito.

En enero del año que viene cumpliré dieciocho. Eso quiere decir que estaré habilitado para votar. ¿A quién elegiría? No lo sé. El único presidente al que conozco es Evo Morales. Tengo diecisiete años y Evo gobierna desde que tengo ocho. Antes de él, todo es nebuloso. Sé que hubo un tal Goni, un dictador enano y un presidente al que se le quemó la cara. Nada más. La historia, incluso la historia reciente, nos llega como un soplido. No cambia nada, no mece nuestras convicciones, ni siquiera logra convencernos de que la democracia es el mejor sistema. La historia no es una lección para nosotros, porque no la conocemos, y nuestra ignorancia es tal que mis camaradas y yo pensamos que el dictador petiso fue bueno porque puso en orden el país y construyó la autopista que lleva a El Alto.

Mientras almorzamos, el tío Buenaventura sugiere que me vaya a Ushuaia a trabajar en el taller que él administra. Papá escucha la conversación y lo interrumpe. Él tiene que estudiar, murmura.

El primero de los familiares en volver a su ciudad es el tío Casimiro. Dice que le hubiera gustado ver mi licenciamiento, pero que los negocios van primero. La abuela llora como siempre que uno de sus hijos parte. A modo de regalo, el tío Casimiro deja un billete de cincuenta bolivianos sobre mi velador. Gasto la mitad de ese dinero en un Dota trasnochador en Villa Adela.

Como no ha habido camas suficientes para todos los visitantes, he tenido que ceder la mía a los primos de la tía Corina y dormir con Tayson. Si antes la relación ya se había enrarecido, compartir cama no ha hecho más que nuestro fastidio pase de lo emocional a lo físico: detesto sus ronquidos y él detesta el olor de mis pies. Una vez más, nos parecemos a un viejo matrimonio. Una noche, bebo con unos camaradas de la compañía Bravo y vuelvo a casa hacia las seis de la mañana. Tayson me espera despierto en la oscuridad, la luz del celular iluminando su cara mofletuda. ¿Dónde estabas?, pregunta. Con mis amigos, respondo. Luego me increpa por no haberlo invitado y le digo que pensé que odiaba a todos los de la pre. Tayson entonces apaga el celular, se echa de costado y se cubre la cara con la frazada. Disculpame, murmuro, a la siguiente te voy a invitar.

Ya no quiero, dice Tayson, y puedo oír a alguien que llora bajito. Le toco el hombro y le digo que lo siento. A la mañana siguiente, pongo un escudo del Corinthians en Facebook a modo de disculpa.

El resto de los familiares parte al cabo de pocos días. Algo me dice

que alguno de los tíos querrá regalarme algo de dinero, así que le digo a mi mamá que quiero acompañarlos hasta la terminal. ¿Y el colegio?, pregunta ella. Hoy sólo vamos a practicar para el acto de graduación, miento. Mamá dice que si voy al terminal debo aprovechar para comprar fruta de la feria.

Media hora antes de que estemos por partir en el minibús del tío Waldo, me entero de que la tía Zulma, que es hermana de la tía Corina y cuñada del tío Waldo, regresará a su ciudad en avión.

¿Alguna vez has viajado en avión?, me pregunta el tío Waldo.

Nunca.

Si quieres vamos al aeropuerto; así conoces.

El tío Yojan se ofende al enterarse de que ninguno de sus sobrinos lo acompañará hasta la terminal, pero no me importa. Además, vi que la abuela le regaló un billete de doscientos luego de la cena de anoche, por lo que pienso que es un pobretón y que no me dará nada.

El aeropuerto es el lugar más limpio que he visto en mi vida. Siempre que había imaginado este sitio, lo había hecho pensando que toda la gente que viajaba por los aires era blanca y de ojos claros. Cuánto me equivocaba. En la fila del check-in, la mayoría de la gente es tan morena como yo. Una mujer de pollera que carga a un bebé en el aguayo es la siguiente detrás de mi tía. Un tipo parecido a Dino se pone en la fila y hace caras para hacer reír al bebé.

La tía Zulma se despide de todos con un abrazo tibio. Sólo cuando llega el turno de despedirse de Tayson se emociona y suelta una lágrima. Mi primo la abraza como si quisiera triturarle el esqueleto.

Llegamos a casa a eso del mediodía. Mientras ayudamos a la abuela a poner la mesa, el tío Waldo me pregunta si algún día pienso vivir fuera de Bolivia. Digo que no. Papá nos mira con ese ceño fruncido que parece ser parte esencial de su rostro. Dice: si te vas, será como desertar. Uno debe quedarse por su patria. Debe luchar por ella. Estamos en guerra, guerra contra la pobreza, contra la corrupción, nadie puede abandonar. Los desertores son lo más bajo que hay.

Tayson y el tío Waldo comentan algo en portugués.

Wawanaka jan nuwasipxamti, dice la abuela.

Janiw nuwasipkti, jan ukham parlamti, dice papá.

Todos putean. En otra lengua. Desde otro corazón.

Araceli está embarazada y a Tayson no le atemoriza la noticia. Lo único que le preocupa es que el padre no sea él. A Araceli le inquieta no poder bailar en mucho tiempo. Se lo reprocha a Tayson siempre que puede.

Son las diez de la mañana y es la primera vez en varios días que mi primo me acompaña en una de mis escapadas. Caminamos por Alpacoma. Tayson compra El Diario en un puesto de periódicos y me pide que le ayude a buscar trabajo en la sección de clasificados.

¿Qué te interesa más o menos?, pregunto.

Todo, responde.

La noticia de la posible paternidad no ha sido el baldazo de agua fría que pensé que sería. Al contrario: Tayson me ha confesado que ser papá le ha puesto los pies en la tierra. Antes de la noticia yo no era nada, dice. El hijo que viene en camino será su cable a tierra, esa patada en el culo que te despierta y te obliga a no perder más tiempo. Tal vez los humanos tenemos hijos para dejar de matarnos a nosotros mismos. Los padres transfieren a los hijos el derecho de matarlos. Tal vez tenemos hijos –y los criamos– para dejar de ser nuestros propios asesinos.

Se los va a extrañar.

Dice el suboficial Pari en el parte de la mañana. Siete a. m. Pari nos cuenta que los altos mandos han dado el visto bueno para el licenciamiento, el cual se llevará a cabo el próximo sábado. Nos extrañará, dice. A continuación, ordena que marchemos hacia el campo de ejercicios.

Chuquimia, que es el comandante de escuadra, no ha venido a causa de una borrachera épica, así que quien debe ocupar su lugar soy yo. Nunca he querido ser el que manda. Me parece estúpido. Ser comandante de escuadra es tener una responsabilidad extra. Caminas diferente. Te comportas diferente. ¡A la izquier!, grita Pari, y sé que estoy en problemas. Si las conversiones simples me parecen difíciles, las de un comandante de escuadra se me hacen imposibles. ¡Qué pasa, Pacsi!, grita Sucre. Pienso que va a castigarme. En lugar de eso, le susurra algo a Pari y ambos ríen, y su risa me acompaña hasta que llegamos al campo de ejercicios y hago la primera ranita.

Luego de la primera sesión de jaripe, Sucre nos deja descansar y Mamani aprovecha para sacar el teléfono. Van a wachar, dice. Me acerca el celular a la cara. Con una voz de narrador de documental, dice:

Y aquí tenemos a la perra más perra de toda la Fuerza Aérea: el Pacsi.

Todos ríen.

Mamani tiene un canal de YouTube y dice que subirá el video del último día de instrucción esta misma tarde. Salas, que es el más viejo de todos porque reprobó dos años en la primaria, saca el dedo del centro cuando la cámara le enfoca el rostro. Mamani modula la voz:

Este de aquí es el precosaurio, más conocido como Salas. Su hábitat natural es el colegio porque le gusta reprobar y pasar el mismo curso una y otra vez.

La noticia de que hoy será el último día me ha sorprendido como a todos. Odio este lugar, pero incluso en el odio más visceral hay algo de costumbre, y la costumbre genera nostalgia. Dino me contó que había leído en un libro que no importa la edad que tengas, los quince años siempre serán la mitad de tu vida. Para mí, la mitad de mi vida estará siempre en este último año. De aquí en adelante, todo lo que me ocurrirá será una tibia imitación de todas las primeras veces que hice algo: todas las piernas que acaricie serán una versión fraudulenta de las piernas de Esbenka y todos los cuerpos tendrán ese nombre: Esbenka. Esbenka será Vida el día que nos besemos en la placita del tobogán y mis manos aprovechen la ocasión para acariciarle la cintura; Esbenka será mi esposa; Esbenka seré yo, a los sesenta años, cuando me mire al espejo y lo único que encuentre sean sus huellas,

marcas invisibles a las que recurriré cuando me invada la nostalgia.

El pasado tiene cuerpo de hembra.

Sucre nos pide limpiar por última vez los pastizales que están cerca de los enrejados. En este mismo campo, hace casi un año, Tayson y yo nos ganamos nuestro primer arresto: yo no me había cortado el pelo y él había olvidado la segunda estrofa del himno nacional.

Mirá, un condón, qué waso, dice Aróstegui.

Te doy diez pesos si ves si todavía queda leche, dice Mamani.

Andate a la mierda. A ver hacé vos.

Mamani filma los mensajes de los enrejados. Le habla a su cámara: si eso no es amor, no sé qué más sea.

De pronto los camaradas que me acompañan en la limpieza empiezan a hablar de lo que harán al salir del cole. La mayoría dice que quiere seguir una carrera militar. Hablan de entrar al COLMIL o a la ANAPOL. Salas dice que estudiará en la Escuela Militar de Ingeniería.

¿La EMI?, pregunta Pacheco con tono de burla. Ese lugar está repleto de hijos de cholos de la Eloy.

Luego del rancho, el subteniente Aldana nos comunica que el coronel está de visita en la base aérea. No es el único visitante: una fila de precos nuevos que esperan su turno para que les hagan la revisión médica se extiende desde la puerta de la enfermería; además, un grupo de estudiantes de Comunicación graba todo lo que encuentran a su paso para un documental.

Mamani filma a los que filman y le pide a Aróstegui, cuyo celular es el más moderno de toda la escuadra, que lo filme filmando y nos pide que, de ser posible, todos los que tengamos un teléfono a la mano sigamos la secuencia, pues así tendremos una cadena de filmación que funcionará como una metáfora de la cadena de subordinación a la que nos han sometido a lo largo del último año, y que eso le dará un toque artístico a su video.

Dejate de huevadas, Mamani.

El coronel se pasea por la base aérea vestido con un deportivo azul marino y un quepí camuflado. Su presencia es imponente, típica de un gordo que, de tanto ejercitarse, se ha transformado en un musculoso con panza.

¡La victoria no se improvisa! ¡Hay que prepararse para alcanzarla!, grita todo el batallón cuando hacemos filas en el patio central. Es el último parte del día, de la historia, y el coronel, desde el centro del rectángulo, nos dice que Dios y la patria están ante todo.

La voz del coronel es tan alta que parece que usara micrófono. Habla del país que defenderemos en una eventual guerra, un país del que apenas conozco dos ciudades y la silueta de un mapa que corté en venesta cuando cursaba la primaria. Ustedes son la generación que va

a recuperar el mar, dice, pero ese mar va a tener un costo. Van a luchar. Tienen que prepararse.

Es el fin, me digo, el último día de instrucción, y hago un repaso mental de todos los peinados que podré lucir una vez que mi cabello recupere su tamaño normal. Imagino un flequillo que cubre parte de mi ceja izquierda, similar al que tienen Tayson y sus amigos emos, pero con dignidad. También pienso en ese mohicano que vi lucir a ese rubio la otra vez en Calacoto. Lados al rape, puntas afiladas. Me pregunto si mis cabellos pincharán la quijada de Esbenka o Vida cuando las bese en el cuello. Algo me dice que me lo pregunto en vano. Ninguna mina en el horizonte, ningún pinchazo. Bueno, sólo uno: las palabras del coronel, que pinchan mis pensamientos como una aguja que hace explotar un globo de agua:

Boxeo, han practicado, ¿no?

Mamani me pone al día: el coronel ha dicho que vamos a pelear entre nosotros. ¿Por qué? Porque no quiere que haya broncas cuando nos encontremos en la calle. Hoy acaba todo, dice, hoy muere todo: al otro sábado ya son hombres y los hombres pelean cuando hay guerra, no por huevadas.

Además: es tradición. Unos amigos reservistas nos lo han contado en nuestro primer día de instrucción. No los creímos, pues pensábamos que se trataba de otro de esos cuentos con los que los antiguos nos llenaban la cabeza de malos presagios, como la historia de ese avión de la Segunda Guerra Mundial que por algún motivo fue a caer en el terreno de lo que hoy es el aeropuerto o la de ese preco que, según dicen, comió heces fecales por órdenes de Sucre.

Bohórquez nos explica cómo va el asunto:

Sale uno al frente. Le damos los guantes. Grita el nombre de su bronca. Pelean. Pueden agarrarse con alguien de su misma escuadra o de otra compañía. También pueden agarrarse con un instructor o antiguo. Si son machos, claro. Cada escuadra tiene derecho a un máximo de dos boxeadores. Si nadie quiere boxear, el comandante de escuadra debe ponerse los guantes.

El primero en salir al frente es Gaspar, un camarada de la compañía Alfa. ¡Urquieta!, grita con una voz que parece no conocer la palabra miedo. Urquieta sale desde las filas de la compañía Bravo. Un antiguo les proporciona los guantes y cascos de entrenamiento. Ambos premilitares se quitan la blusa. Gaspar es pequeño y cuando se mueve me hace pensar en un monito sosteniendo una daga. Urquieta, por su parte, es grande y obeso y, por sus movimientos, uno puede deducir que de nada sirve ser dos cabezas más alto que tu contrincante: en el boxeo lo que importa es la técnica. El primer golpe de Gaspar es una oda a la efectividad de las clases de boxeo que el suboficial Aldana ha impartido a los precos de la Alfa en las horas de arresto: Urquieta se

resiente y da dos pasos atrás, lo suficiente para que su rival se anime y le imprima tremendo puñetazo que lo tumba.

El coronel dice que es suficiente.

Gaspar camina hasta su escuadra con una cadencia de gánster. Todo en él es un arma, y por su expresión sé que no ha acabado con Urquieta: algo en su andar me dice que tiene ganas de más y que, si no agarra a Urquieta a la salida, codeará a propósito a algún borracho y continuará lo que el coronel ha interrumpido. El siguiente en salir es un camarada cuyo nombre desconozco.

¡Pacheco!, grita.

Tres Pachecos salen de las tres diferentes compañías.

¡Especificar!, grita el coronel.

¡Convoco a Pacheco de la Charlie para ajustar cuentas, mi coronel!

Siento el suspiro de Pacheco detrás de la nuca. Es el temor, lo sé, y esa certeza me dibuja una sonrisa que debo apagar de inmediato. El camarada de la Alfa se quita la blusa: la polera verde olivo se le pega al cuerpo, señal de que se ejercita. Pienso que Pacheco no tiene oportunidad, pero, una vez que empiezan a pelear, el camarada resbala y Pacheco aprovecha para golpearlo en la nuca. El otro reacciona con un puñetazo que apenas roza el casco. Pacheco, que al parecer ha olvidado las reglas, patea a su rival y Bohórquez se apresura a apartarlo.

El coronel interviene:

Eso es trampa, ¿acaso no han aprendido nada? ¿Quién es tu instructor? ¡Vos y él arrestados hoy!

Las siguientes peleas se desarrollan en la misma dinámica: un par de golpes por lado, alguien que se equivoca. La única gresca que vale la pena rememorar es la que protagonizan dos damas premilitares: boxearon más de diez minutos y de haber podido pelear más no cabe duda de que lo habrían hecho. El coronel las felicitó. Antes de que la retadora retornara a su escuadra, el coronel le preguntó por qué había escogido pelear con esa premilitar.

Es que me hace bullying en Facebook, mi coronel.

Llega el turno de mi escuadra y ninguno de mis camaradas se ofrece para ajustar cuentas con nadie. Deben de ser las cinco y media de la tarde. En la lejanía ubico a Vida: es la más baja de su escuadra y su uniforme resalta por ser más ajustado que el de sus compañeras (me contó que usó unas pinzas para ceñirlo un poco). Siento sus ojos esperando a que dé el primer paso, ese que me toca no por ser comandante de escuadra, sino porque soy hombre.

El coronel pregunta si no hay voluntarios. Doy un paso adelante.

¿A quién quiere retar, Pacsi?

¡Al suboficial Sucre, mi coronel!

Sé que Mamani lo filma todo y por eso me preocupo de caminar

hasta el centro del patio con determinación. Imito el andar de Gaspar, su cadencia, su silueta de monito con daga.

Evito mirar a Sucre: el contacto visual con él es como calibrar la magnitud de mi derrota.

Me quito la blusa. Sucre se acerca dando pasos enérgicos (de hecho, son los pasos más sonaderos que oiré en mi vida luego de los tacones de aquella mujer bajando por las gradas de una casa vacía, varios años después). Bohórquez me pone el casco, me proporciona los guantes.

Se sienten húmedos.

Sólo cuando me pongo en guardia noto que Sucre no lleva puesto el casco. Da pequeños saltitos. Me encaja un derechazo.

Es como en la tele: veo borroso, dos Sucres, y sólo faltan varios piolines girando alrededor de mi cabeza para completar el lugar común. Una vez, hace un par de años, Lucas, mi sobrinito, me hizo enojar y lo sopapeé para vengarme de él. Para no sentirme tan humillado, pienso que los golpes que recibo son el karma por haber abusado de alguien mucho más débil que yo. Un nuevo gancho: más piolines. La regla establece que un contendiente puede recibir a lo más cinco golpes seguidos sin reaccionar; luego de eso, Bohórquez debe parar la pelea y declarar ganador al que ha atacado más. Voy por el cuarto golpe y Sucre da vueltitas a mi alrededor, como buscando el mejor ángulo para el nocaut.

Lo importante es que sigo de pie, así que nadie podrá decir que Pacsi cayó antes de tiempo. Pensar en ello renueva mis energías: me pongo en guardia y Sucre deja de mover los pies. Ocurre de forma casi automática: el suboficial está a punto de rematar con un gancho en el abdomen, pero me adelanto y lo pateo en la entrepierna. Bohórquez se acerca para apartarme; el coronel me lanza una palabrota. Sucre se pone de cuclillas y se retuerce como un niño al que le ha llegado un balonazo donde más duele. ¡Arrestado!, grita el coronel. ¡Usted no se merece la libreta! Bohórquez me quita los guantes. Me deshago del casco. Levanto mi blusa del piso y alguien silba desde una de las compañías. Los silbidos se reproducen: me siento como un futbolista que ha fallado un penal y debe soportar los abucheos de todo un estadio. Camino hasta mi escuadra con la cara llena de vergüenza, pero, al mismo tiempo, con el orgullo de haberle arruinado la noche a Sucre. Hoy es sábado y, como todo el mundo sabe, los instructores irán a ese prostíbulo que está a dos cuadras de la base aérea. Según cuentan, algunos acuden con el uniforme mismo. Pobre Sucre: se ha quedado sin sexo hoy, aunque nada de eso importa. Mañana volverá a ser él, acudirá a algún putero de la Doce, regresará a su casa a la noche, besará a sus hijos, hablará con su mujer, no querrá cogérsela porque el sabor de la puta seguirá en su cuerpo, dormirá en paz,

despertará a las seis, tomará una ducha, desayunará café con marraqueta, se cuadrará frente a un superior, molestará a algún sarnita, mirará en el celular las listas de las damas premilitares del nuevo escalafón y sonreirá al descubrir que varias muchachas se apellidan igual que esa chica a la que solía cogerse en el hangar de los helicópteros, hablará en el parte de los conscriptos, cantará el himno nacional, mirará la tricolor, se emocionará con la parte que dice «De la patria | el alto nombre», se acordará de sus días en la Escuela de Sargentos, cuando con dieciocho años entendió que lo único que quería en la vida era mandar y ser mandado, subordinación y constancia, cantará como nunca ha cantado, porque el sexo renueva las energías, mirará el cuerpo de los soldaditos y se sentirá mejor que ellos, mirará sus pieles p'asp'as y se sentirá más importante, más blanco, gritará ¡viva Bolivia!, los soldaditos lo imitarán, desplegará filas y se preparará para un nuevo día de instrucción, un nuevo día para servir a la patria, la hija predilecta del Libertador.

Esa puta llamada Bolivia.

Tayson dice que Araceli hizo los cálculos y que es imposible que el padre no sea él.

¿Cómo puede estar tan segura?, le pregunto. Pero Tayson no responde. Está emocionado. Dice que, si es niña, se llamará Yang Mi, y que, si es niño, se llamará Sux.

Esa noche salgo con Vida y, cuando la dejo en la puerta de su casa, nos despedimos con un beso en la boca. Al día siguiente faltamos a clase y vamos a pasear a la laguna de Cota Cota. Demoramos casi dos horas en llegar. A Vida le asustan los patos, de modo que siempre que nos besamos se aparta al instante por temor a que uno de ellos comience a picotearla.

Almorzamos en un restaurante de Chasquipampa. Ella invita.

¿Y qué tal fue tu arresto el sábado?, pregunta.

No estuvo tan mal. Media hora de jaripe. Luego había que limpiar el auto de unos superiores. La macana era que, como no había luz, no sabíamos si ya estaba limpio o no.

Ni modo. Sucre ha debido de querer matarte.

Obvio. Ése era mi mayor miedo. Era lo que más me jodía, más que los jaripes. Me daba miedo que apareciera y me partiera ahí mismo. Por suerte no ha aparecido en todo el arresto.

Bueno, más bien el sábado se acaba todo. Y, dime, ¿ya sabes qué vas a estudiar?

La pregunta me duele más que todos los jaripes del mundo. Respondo:

No. Tal vez no estudie. Tal vez me vuelva comerciante. Quiero juntar un capital y empezar mi negocio.

Vida guarda silencio. Al final dice:

Si tu negocio tiene que ver con algo que amas, te va a ir bien. He visto en cable la historia de unas chicas de Estados Unidos que vendían cómics en los que los protagonistas eran los clientes. O sea, tú le decías qué historia querías y ellas te lo dibujaban con vos en la historia. Bien era. Nadie creía que les iría así, pero les han demostrado al mundo que todo lo que haces con amor puede transformarse en dinero. Capaz, si encuentras algo que te guste mucho, la gente note todo el corazón que le pones a tu negocio y compre tus productos.

¿Amor?, pregunto en tono burlón. Yo vendería cualquier cosa. Lo que me importa es hacer quivo, cash. Mi amor es la plata.

Volvemos a El Alto en teleférico. En el trayecto, Vida me ayuda a pensar en estrategias para iniciar mi propio negocio. Me gusta Vida. Me gusta en serio. Cuando estoy con ella, es como si los cientos de cerebros que habitan mi cabeza se apagaran. La mayoría de las veces me siento así: como si tuviera cien cerebros. Cada uno produce a la vez decenas de pensamientos, inclusive en los momentos de mayor

tensión, como en los segundos en los que Sucre me propinaba una paliza. Son cerebros hechos para el mal, porque jamás me ayudan cuando los necesito –en el cole, por ejemplo–, sino que proyectan mil posibilidades en mi cabeza y conjugan mis acciones en todas las formas posibles: en pasado, en futuro, en condicional. Un «miro porno en mi cuarto» se transforma en «miré porno en mi cuarto», y el recuerdo se interpone entre mis ojos y la pantalla, como una catarata nemónica que hace que mi vida transcurra siempre a través de un filtro. No hay pureza en mi ahora. Pero, cuando estoy con Vida, la mitad de esos cerebros se apagan y vivo el presente sin tanta contaminación del pasado.

Sobrevolamos Sopocachi. Vida se saca una selfi y la publica de inmediato en Facebook. ¿No quieres que te tome una?, pregunta. Me cubro la cara con las manos.

Llegamos a Satélite a eso de las dos de la tarde. Vida debe entrar a un baño público para ponerse de nuevo el uniforme. En la placita del tobogán, nos damos el beso más largo desde que nos conocemos. Mis manos bajan hasta sus nalgas. Vida me toma de la muñeca y las aparta de su trasero. Lo intento una vez más, pero esta vez ella se aparta de mí y dice que no está lista para eso. La tomo de la mano y caminamos en dirección a su casa.

En la avenida del Policía el tráfico es tan intenso que debemos cruzar a toda velocidad. Un perro que nos espera en la calzada de enfrente ladra apenas llegamos. Quiere mordernos.

Vida y yo corremos tomados de la mano por toda la calle adoquinada. Una vez que nos hemos alejado lo suficiente del perro, un segundo perro –este más grande y con una cicatriz rosada en el hocico– nos ladra con furia y sus amigos perros se unen al ladrerío. Vida se abraza a mí, se protege con mi cuerpo. A los pocos segundos hay unos diez canes ladrando alrededor de nosotros y lo único que se me ocurre es quitarme el zapato y amenazar al que parece el macho alfa. En eso aparece una señora con una escoba. Espanta a los perros.

Sólo queda un chapi de color blanco percudido. A éste lo conozco, dice Vida. Vive cerca de mi casa. De seguro ha venido a defendernos.

No asisto al licenciamiento debido a un resfrío feroz. Tengo fiebre. Me duele todo el cuerpo. Papá se pone su ropa de fiesta para motivarme y le pide a mi madre que haga lo mismo.

Ella dice que no se sacará el pijama hasta que me vea recuperado.

La fiebre me produce pesadillas, alucinaciones. El sueño, sin embargo, tiene episodios de total placidez, una pradera de paz en la que mi mente se revuelca como hace meses no lo hacía. Sueño con Vida, con Esbenka. No hay nada sexual en su presencia. Son, más bien, dos entes incorpóreos, seres de palabras, sonidos, alientos. El aliento de Esbenka es el de los ambientadores para baño. El de Vida es el de la tierra mojada. Siento ganas de lamerla, pero cuando saco la lengua no hay ningún cuerpo frente a mí. Tan sólo, un barranco como ese en el que papá cuenta que una vez cayó. Y, abajo, perros, basura. Despierto a eso de las cinco de la tarde y lo primero que hago es revisar el teléfono. Tayson me ha mandado una foto en la que él y Araceli se dan un pico en lo que debe de ser un mirador. Mi primo está cada vez más gordo. A ella la cara de mamá se le va formando de a poco. Hace unos días, Tayson me dijo que lo mejor del embarazo era que a la mujer le crecían más las tetas y que él esperaba con ansias ese momento. Justiça de Deus, dijo. Cuando coñecí ella no tenía tetas, ahora Dios me va a dar unas tetas porque he sido buena persona. El sueño me asalta cuando pienso en Araceli y el hijo que alberga en su interior. La fiebre es como la mota: hilvana teorías que parecen geniales mientras sale el humo, hace brotar ideas que, en su momento, parecen la solución a todos tus problemas. Pienso en la libreta guardada en una gaveta de la base aérea en mi foto el pacsi con el corte de preco la wiphala la tricolor sucre el olor de vida en el sueño su olor en la vida real la tierra el colegio dino sus libros las nubes de el alto el futuro el futuro la vida real está en otra parte dijo dino el avión en el que llegó tayson su hijo mi sobrino el hijo de su sobrino el hijo de mi hijo el revólver del tío casimiro mi padre de soldado los besos de vida los nombres tallados en tunupa el futuro en la otra esquina un puesto en la dieciséis el pelo que me crece los peinados el pelo largo mi libreta de servicio militar lo más valioso que tengo me dan ganas de tirar al inodoro antes de jalar la cadena papá metería las manos en la mierda sólo para recuperarla.

Mi salud mejora dos días más tarde. Es lunes, una de la tarde. Papá entra a mi cuarto de repente. Mamá lo escolta.

¡Quién mierda te crees!, me dice tomándome de los hombros.

No hace falta que diga más: la furia en su mirada es la misma que la del tío Waldo cuando se enteró de que su hijo desertó de la pre. Papá dice que soy un vago, un malagradecido. Que soy una vergüenza, la vergüenza de la familia. ¿Qué vas a hacer sin diploma

de bachiller? Tanta vergüenza. El director me ha mirado como si fuera basura, ese enano de mierda. ¿Quién te has creído que eres? Y mi mamá llora. Bajito, como cuando mi hermana me golpeaba y yo debía reprimir la intensidad del llanto para que mis padres no la castigaran. Mi mamá llora bajito porque sabe que si llora más fuerte papá me agarrará a chicotazos.

Andate, dice ya más calmado.

Agarra las prendas que están desparramadas en una silla y las mete a mi morral de preco. Tienes cinco minutos para irte de esta casa.

Sale del cuarto tomando a mamá del brazo. Se respira paz, una paz de guerra recién acabada, de banderas blancas y soldados mancos que sonríen porque ya no hay más balas, pero que al cacho vuelven a estar preocupados porque se imaginan la cara que pondrán sus novias al ver su estado. Tomo una ducha. Me visto. Guardo en el morral un libro que Dino me regaló.

Bajo las gradas sin hacer ruido. Cuando estoy a punto de abrir la puerta que da a la calle, mi mamá me sorprende con esa voz de fumadora derrotada: ¿adónde estás yendo, llokalla?

Me manda al cuarto y lo único que quiero en estos segundos es hablar con Vida, escuchar su voz. No puedo escribirle porque no tengo saldo en el celular. Entonces espero hasta la tarde, cuando papá sale a hacer ejercicios al parque y mamá va a la casa de doña Silvia a reunirse con sus amigas pasanakeras. Voy hasta un punto de teléfonos. Marco el número de Vida.

Apenas tengo cuarenta centavos.

No alcanzará para contarle mi historia.

Desde que volvieron de Brasil, no hubo un solo día en el que la familia de Tayson no pensara en recuperar lo perdido en su vida pasada. Empezaron vendiendo ropa usada en la Dieciséis y, luego de un tiempo, juntando el capital que habían ganado con la costura en sus años paulistas, se compraron una freidora y abrieron un local de pollo frito.

Les fue bien, pues le exprimieron todo el jugo al establecimiento: en las mañanas, cuando nadie comía pollo frito, el lugar funcionaba como centro de llamadas y tienda ocasional de ropa usada. No pasaron ni dos años y el departamento de Tayson se convirtió en el más brillante del edificio de los hermanos Pacsi. Deben de estar metidos con narcos, decía papá.

Vendieron el local y con la plata piensan volver a Brasil. Ahí está el cash, dice el tío Waldo. La tía Corina es la más entusiasta con la idea: pese a que ya vive más de dos años en Bolivia, la altura siempre le juega malas pasadas. Cuando habla del feijoão, sus ojos se humedecen.

Anuncian su marcha en la cena en la que Tayson hace pública su relación con Araceli. El tío Waldo ha metido a la sala diez cajas de cerveza Paceña y, luego de destapar la primera chela, toma la palabra.

Dice que se van porque su lugar está allá, en São Paulo. Dice que se van porque tienen alas, no porque no les guste Bolivia. Felicita a Tayson por la familia que está a punto de formar. Tú también tienes tus propias alas, dice. Tu nido está aquí. La tía Corina quiere tomar la palabra, pero mi tío dice ¡salud por los novios! y llena los vasos de los comensales.

Hace un brindis por la pareja.

El verano pasa volando. Vida aprueba los prefacultativos de Arquitectura y no puede esperar a que comiencen sus clases en la universidad. Nunca cogemos y peleamos por ello. Paso casi todas las tardes en su casa, escuchando los discos que ella pone en el celular y sus opiniones sobre cada álbum. Cuando habla de música, usa el mismo tono de los nerds que quieren explicarte por qué las películas de superhéroes no son unos bodrios sobrevalorados, sino algo que vale la pena. Es una intelectual de la música, una sabia del rock alternativo que usa su conocimiento no para iluminarme, sino para poner en evidencia mi ignorancia sobre el tema.

Terminamos en la víspera de Navidad, luego de que le cuento que me voy a São Paulo. Mi decisión de acompañar al tío Waldo y a la tía Corina fue tan precipitada, que a ratos pienso que irme era un deseo que siempre habitó en mí. La propuesta surgió dos días después de la cena. Ayudaba al tío Waldo a colocar un sillón que había comprado para la abuela. Acomodamos el mueble en su sala y, como quien

quiere acuchillar el silencio con cualquier cosa, preguntó: ¿y ahora, qué vas a hacer? Le dije que pensaba cursar el último año en un colegio nocturno y, quizá, trabajar en un punto de llamadas. Es probable que haya notado la indecisión en mi respuesta, pues arrojó su oferta sin vaselina, como un zarpazo:

Vámonos.

Le pregunté adónde y él dijo: adónde más. A Brasil. Bien se gana. La abuela apareció y lo regañó en aymarañol. Habíamos acomodado el sofá donde no debíamos y ahora había que moverlo.

No volvimos a hablar de eso hasta poco antes de la Navidad. Pero la idea me daba vueltas. Quise hablarle del tema a Tayson, pero él andaba demasiado ocupado trabajando para el hijo que venía en camino. Me contacté con Dino: me dijo que lo buscara, que había mucho por hablar; me mandó la dirección del mingitorio donde trabajaba como cajero.

Fui a su encuentro esa misma tarde. Hablamos a través del vidrio que separa al cobrador de los cagones.

Tengo amigos allá, dijo apenas le conté el asunto.

Permisito, joven, dijo una señora que quería pagar.

Así no te vas a sentir tan solo, chango.

Se lo oía más animado. Dino volvía a ser Dino: me habló de política, de la historia de Brasil, de sus parientes costureros en Argentina. He llegado a una conclusión, dijo. He vivido en Buenos Aires y tengo hartos amigos en Brasil. También he viajado por el norte de Chile y he hablado con los bolivianos de las minas. Y creo que todos los países latinoamericanos somos el intento fallido de algo. Argentina es un intento fallido de Europa. Brasil es un intento fallido de ser Estados Unidos. La pregunta clave es: ¿Bolivia de qué es un intento fallido?

Joven, dijo un lustrabotas con pasamontañas, ¿será que me da más papel higiénico si le aumento veinte centavos?

Mi destino se sella en la cena de Navidad del 2014. El tío Buenaventura ha llegado desde Argentina y lo primero que nos cuenta es que su hija, mi prima Tami, ganó el campeonato sub 13 que organiza un club de su ciudad. Tanto mi papá como yo sabemos que en cualquier momento el tío Buenaventura preguntará por la graduación que no tuvo lugar, así que ambos nos esforzamos por pedirle que nos hable de su hija. La charla de la cena, entonces, abunda en términos relacionados con el tenis: que fue un set jodido, viste, que la arcilla era una macana, que yo la voy a llamar Serenita, porque juega como Serena, que la becaron en el country, viste, las raquetas Wilson son las mejores. El tío Waldo interrumpe un monólogo sobre los saques de Nadal para preguntarle al tío Buenaventura si, por fin, se animará el año que viene a pasar un

carnaval con él en Río de Janeiro, tal como había prometido.

El tío agauchado responde con el tono más solemne que su voz vivaracha puede modular: y no creo, loco, viste como está la economía.

Otra cosa es que te meas, dice el tío Waldo.

Todos en la mesa ríen. Tayson se atora con su bebida. Apenas se recupera, dice que en Río sólo hay droga y pandilleros.

Otro meón, dice el tío Waldo. Y agrega: pero el que no se mea es este chango, ¿no ve?

Me mira arqueando los ojos. Todos me miran.

¿Nos vamos a ir a Brasil, no ve, sobri?

Sé que papá va a estallar, así que no digo nada. El tío aprovecha el tiempo en que papá organiza las balas de su boca artillada para contarle a la familia su plan. Va a trabajar en un taller de costura, dice, tenemos contactos todavía. Ganará poco, pero ése va a ser su derecho de piso. Luego puede trabajar como administrador en un almacén. Ahí ya se gana mejorcito. Nosotros nos encargamos de su visa y esas cosas. Nos ayuda y le ayudamos. Ya está grande el chico. En menos de un mes cumple dieciocho. Vuelve a Bolivia en cinco años con su capitalcito. Puede estudiar. Hasta puede comprarse el título. Más fácil.

Contra todo pronóstico, papá no dice nada. Bebe de su vaso con la melancolía de un borracho que oye una de esas chichas que hablan de los amores perros. Se acaricia la barba de dos días. Evita hacer contacto visual conmigo. Mi mamá, quien por su tono de voz me hace pensar que ya ha hablado del tema con mis tíos, dice que no tiene dinero para pagar mi pasaje de bus.

Nosotros pagaremos pues, dice el tío Waldo. Pessoal, el chango va a ir en avión hasta São Paulo. Tiene que llegar con estilo pues.

Aquella noche le escribo a Vida y le cuento que ya tengo la fecha exacta de partida. Me felicita. Me envía el link de una canción en inglés cuya letra, según cuenta, habla de un tipo que emprenderá un viaje y que en ningún momento mira lo que está dejando atrás.

Intenta hacerme conversación, pero apago el celular. Me molesta que no quiera detenerme.

Nací un poco en los Andes. Y mis demás partes nacerán en una isla.

Anoche nos llegó la noticia de que al tío Casimiro, que vive en Chile, lo arrestaron cuando intentaba pasar mercancía de forma ilegal a Bolivia. Días antes, gente del clan de mi tío había incendiado unos carros patrulleros a modo de advertencia. La policía se dejó intimidar. Pero los comunarios que encubrían a mi tío, no. Papá me contó que el tío Casimiro había olvidado pagarles la mensualidad a los comunarios que escondían sus productos de contrabando, lo cual los enfureció. Uno de los que guardaba televisores le fue con el cuento a la policía, no sin antes vender la mercancía en el lado chileno y huir a algún pueblo escondido en Los Andes.

El coche policial ardiendo apareció en un video de internet. El humo es abundante y negro, y a lo lejos se aprecia la Cordillera.

Mi avión despega la tarde de mi decimoctavo cumpleaños. Me despiden en el aeropuerto mi mamá y mi hermana. Papá no ha querido venir.

El tío Waldo y la tía Corina partieron en bus hace una semana, pues, según dijeron, querían hacer algunas paradas en otras ciudades de Bolivia, pero estoy seguro de que decidieron viajar por tierra porque mi boleto de avión les costó más de lo esperado.

Me despedí de Vida ayer por la tarde. Me regaló un CD de The Smiths. Pienso que lo hizo no para que guarde un recuerdo de ella, sino para que no pase calores cuando mis futuros amigos paulistas y yo hablemos de música. Caminamos hasta el mirador de la Virgen. Nos besamos con furia: me mordió el labio inferior y yo le pasé las manos por debajo de su polera. En eso apareció un policía. Esto no es alojamiento, jóvenes.

Con Dino y Tayson me encontré a la noche. Dino había recuperado su cabello y su gorra de guerrillero presentaba un bordado al centro: un escudo de Boca Juniors. Se lo veía en mejor forma, aunque algo en su rostro todavía develaba la miseria a la que había estado expuesto hacía poco. Tayson parecía diez años más viejo. Y no exagero. Ahora tiene dos laburos y en ambos debe cargar cosas. Me invitó a una Huari y me explicó los saludos en portugués.

Antes de que me despidiera, Dino me entregó un paquete. Tenía la forma de un ladrillo y estaba forrado con papel aluminio. Es para mi cuate que vive allá, dijo. Más tarde te envío sus coordenadas.

Le pregunté qué había adentro y dijo que era algo muy pero muy personal. Te aconsejo llevarlo en la maleta grande, esa que va en la parte trasera del avión. Ni se te ocurra abrirlo, boludo.

Ni un solo abrazo fraterno antes de subir al avión. Ni un te voy a extrañar. En vano esperé hasta medianoche a que Vida me enviara un mensaje en el que me declarara su amor y me pidiera que no me fuera. Desperté al día siguiente con la sensación de que estaba haciendo lo que tenía que hacer. Recé bajito, le pedí a Dios que me cuidara. Acaricié a Tunupa para que me trajera buena suerte. Y de lo único que me arrepentí fue de haberlo hecho todo tan formalito: imaginé que robaba la plata que mamá guarda en esa chuspita que esconde debajo del colchón, que compraba un pasaje a Brasil por mi cuenta, que partía sin decirle nada a nadie.

Me despido de mi madre y mi hermana agitando la mano. Sé que sus ojos me siguen mientras camino hacia la sala de preembarque. También sé que piensan lo mismo que yo: ni un abrazo fraterno de este malagradecido, ni una lágrima. Sus ojos, sus ojos y su mente me siguen como sé que me seguirán en cada cosa que haga en São Paulo. Me siguen, me persiguen, y lo único que piden es que voltee para que

nuestras miradas se encuentren por última vez, un último segundo de arrepentimiento, de perdón, todo dramático, bien Hollywood.

Y se lo concedo: mi madre agita la mano desde lejos y yo hago lo mismo.

En el avión, soy un manojo de nervios. Demoro en abrir la puerta del compartimiento donde se guarda el equipaje de mano y eso perjudica a la gente que espera detrás de mí.

Me ayuda la azafata. ¿Sabes cuál es tu lugar?, pregunta. Digo que no. Toma mi boleto y me conduce hasta mi asiento. Suertudo, dice con voz amigable. Te ha tocado al lado de la ventana.

Una serenidad –la primera en lo que va de los últimos días– me invade ni bien apoyo mi cabeza en la ventana. Del otro lado un hombre con chaleco anaranjado da indicaciones a alguien o algo.

La calma, sin embargo, dura muy poco: la azafata pide que nos pongamos los cinturones de seguridad y por más que lo intento varias veces no consigo asegurar la hebilla. La mujer que está a mi lado –extranjera a leguas– ajusta el cinturón por mí y su dedo roza mi pene agazapado.

El avión se eleva. De pronto, la ciudad se convierte en un plano y unos segundos después se transforma en un mapa. Uno orográfico, de esos que no tienen líneas divisorias y que por ello me parecen aburridos. Saco el teléfono para tomar fotos. Pero al segundo me acuerdo de ese consejo que Dino me dio la vez que me contó sobre su primer viaje en avión:

No tomes fotos. O si tomas, tomá sólo unita. Lo malo de las fotos es que reemplazan al pensamiento, a la memoria. Imaginate que tomas varias fotos. Pasa el tiempo y cuando te quieres acordar de la ciudad vista desde el avión te acuerdas de la imagen de las fotos, no de lo que has visto.

Cuando ya hemos superado la zona de las montañas y nos hemos internado en el cielo de lo que debe ser Santa Cruz, me siento la persona más sola del mundo. No ayuda que la mujer de mi derecha me sonría cada vez que me mira. Ni que dos asientos por delante el sombrero de una mujer se zarandee como si su dueña estuviera diciendo que no. Ni que Evo me mire desde el empaque de las galletitas que la azafata acaba de entregarnos. En los aires nada es familiar.

Cuando partí eran alrededor de las cuatro y media de la tarde. Ahora deben de ser las cinco. Pese a que hoy no he hecho nada más que ordenar mis maletas, me siento exhausto. Saco el teléfono, me pongo los audífonos. Me pierdo en las tonadas de una cumbia noventera y cierro los ojos. Cuando los vuelvo a abrir, siento un dolor en los oídos y al otro lado de la ventana ya es de noche. Abajo, un millón de luces centellean como estrellas que han caído sobre un océano negro.

Parecen las estrellas de los cerros de La Paz. Pero no.

Son las luces de São Paulo.

Mis primeros días en la ciudad son interesantes y solitarios. La casa de mis tíos se ubica en la zona este de São Paulo. Se trata de un edificio en el que no vive un solo brasileño. Los peruanos de la planta baja me confunden con uno de sus paisanos. En el piso de abajo vive una familia de congoleños. El hombre se llama Charle y la mujer se llama Marie. Siempre están discutiendo. Sus gritos me despiertan todos los días a eso de las seis de la mañana.

No veré una máquina de coser sino hasta el viernes, que es cuando el taller que mis tíos han comprado pasará oficialmente a sus manos. Almorzamos en la casa de Freddy, un paisano que tiene un puesto de gorras en la avenida Paulista. Su historia es interesante: vive en São Paulo desde hace veinte años; nació en un pueblo de provincia, Escoma; y jamás pisó La Paz, salvo para agarrar el bus que lo traería hasta acá. Del campo a la ciudad más grande de América Latina, dice. Así, directo. Ni siquiera sabía hablar español. Aquí he aprendido.

El día nublado. Llegué a Brasil un sábado, el último sábado de enero, y hoy es jueves. Mañana será mi primer día de trabajo, así que voy a aprovechar la jornada. Gracias al GPS, la ciudad es menos temeraria de lo que esperaba: ser la bolita azul de Google Maps es lo más seguro que me ha pasado en años. También ayudan los mapas del subterráneo y lo corinthiano de Tayson: la línea del metro que te trae a casa es la Corinthians-Itaquera. Así se llama. Acordate de tu primo.

Diez a. m. Guardo la chaqueta en una de las mochilas que he traído, la más pequeña. Jalo del cierre y encuentro la encomienda de Dino envuelta en el papel de aluminio. La curiosidad me vence. Quito la envoltura.

Es cocaína.

Quiero escribirle a Dino y putearlo. Pero, en lugar de eso, formo una línea con la tarjeta del metro y esnifo por primera vez en mi vida.

Alisto la chaqueta en la mochila. Salgo.

São Paulo es un bloque de cemento colosal que nada tiene que ver con la idea playera del Brasil que los medios venden. Hombres trajeados y mujeres con cara larga. Ojeras sobre pieles blancas. Ojeras sobre pieles café con leche. Y todo en la gente parece decir: trabajo trabajo trabajo.

El cielo gris. Camino por la avenida Paulista y, pese a que es la segunda vez que ando por aquí, me siento como un viejo lobo urbano y tarareo el coro de un rap que Vida me ha recomendado. En una esquina, veo a un boliviano vendiendo shorts con el escudo de equipos europeos.

Vinte reais, dice cuando me agacho para observar su mercancía.

Antes de subir al avión, Dino me envió un mensaje en el que me recordaba encarecidamente que no abriera su paquete y que, de

ningún modo, actuara nervioso a la hora de la revisión de maletas. Luego me deseó buena suerte y me dijo que ya tenía la respuesta.

¿Respuesta a qué?, pregunté.

Ya sé de qué somos el intento fallido, respondió. Argentina es un intento fallido de Europa, Brasil es un intento fallido de Estados Unidos… Bolivia es un intento fallido de no ser Bolivia. ¿Entiendes, loquito?

Me alejo del puesto de shorts y camino sin destino conocido. Por primera vez en todos estos días siento nostalgia de Tayson, de Vida, de mis padres; incluso de Dino, ese hijo de puta.

Es verano, estamos a treinta y tres grados. Así que pensar en Bolivia es como sentir un soplo de frío. Es la cara asustada de Tayson, el flequillo reseco sobre su frente. Es la mirada de Esbenka, esos ojos-barranco, ojos-vagina, diciéndome que he entrado en lo más profundo de ellos y que jamás podré salir. Es el polvo formando caras, es el barro, la lluvia, mi casa, la abuela.

Es:

ÍNDICE

I
II
III
IV
V